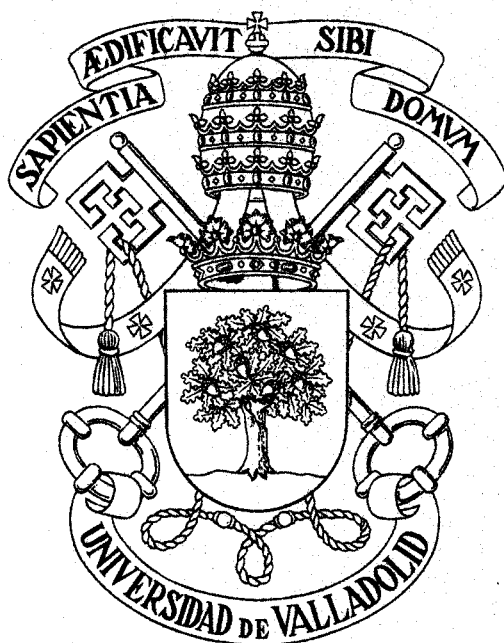


Disca *Apertuda* VA 99/00  
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID



LOS CAMINOS DE PEREGRINACIÓN  
COMO PROYECTO INTERDISCIPLINAR  
**PEREGRINOS INGLESES  
EN COMPOSTELA**

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO 1999-2000

**ADOLFO SARABIA SANTANDER**  
PROFESOR EMÉRITO DE FILOLOGÍA INGLESA

LOS CAMINOS DE PEREGRINACIÓN  
COMO PROYECTO INTERDISCIPLINAR

# **PEREGRINOS INGLESES EN COMPOSTELA**

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO 1999-2000

R.A. 25728

**UNIVERSIDAD DE VALLADOLID**

Sig: Disc. Apert. Uva 97/00

LOS CAMINOS DE PEREGRINACIÓN  
COMO PROYECTO INTERDISCIPLINAR

**PEREGRINOS INGLESES  
EN COMPOSTELA**

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO 1999-2000

**ADOLFO SARABIA SANTANDER**

PROFESOR EMÉRITO  
FACULTAD DE EDUCACIÓN  
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA INGLESA

n.º copia: 928655

**VALLADOLID  
1999**

© de *LOS CAMINOS DE PEREGRINACIÓN, PEREGRINOS INGLESES EN COMPOSTELA*  
de Adolfo Sarabia Santander.

© diseño y enmaquetación Adolfo Sarabia Santander.

© diseño cubierta: J. M. Báez Mezquita y Santiago Bellido Blanco.

Imprime: Gráf. A. Martín, S. A.  
Paraíso, 8. Valladolid

ISBN: 84-7762-974-9

D. L.: VA. 718.-1999

LOS CAMINOS DE PEREGRINACIÓN  
COMO PROYECTO INTERDISCIPLINAR

**PEREGRINOS INGLESES  
EN COMPOSTELA**

**Magfco. y Excmo. Sr. Rector;  
Excmas. e Ilmas. Autoridades;  
Queridos colegas y alumnos, Sras. y Sres.:**

Cuando hace varios meses mis compañeros de la Facultad de Educación y el Rectorado de esta Universidad pusieron sobre mis hombros la responsabilidad y el honor de verme convertido en el Paraninfo de este señero curso, el último que transcurrirá completo dentro del asendereado siglo veinte, me vi inmerso en multitud de sentimientos: gratitud en primer lugar, y aquí la dejo expresada, y dudas luego como las que se le presentan al caminante ante un sendero que se parte en diversas direcciones, que pueden ser acaso todas apetecibles, pero que van acompañadas a la vez por el hecho de que escoger una implica la renuncia dudosa o tal vez dolorida de todas las demás.

Y, antes de nada, ya que hay entre nosotros muchos jóvenes, para quienes puede resultar la expresión menos conocida, permítaseme antes de seguir aclarar la frase que acabo de decir acerca de verme convertido en el Paraninfo de este curso.

Desgasta el uso no pocas veces el sentido de las palabras y se deslizan en otras ocasiones esos mismos sentidos de un lado para otro por la superficie variable y temblorosa de los campos semánticos y así hemos llegado a entender por Paraninfo el lugar o Aula Magna donde celebra la Universidad sus grandes acontecimientos, unidos profesores, alumnos y ciudad. Pero conviene que recordemos el sentido precioso y festivo de la palabra. Es ésta el resultado de la conjunción de dos vocablos griegos, *pará*, que significa *cerca*, o *junto a*, y *ninfé* que significa *novia*; y

el paraninfo era entre los griegos la persona que presidía la comitiva nupcial, es decir, para nosotros el padrino, y paraninfo se vino a llamar en nuestras Universidades, con inicio en la de la Sorbona de París, al profesor encargado del discurso ya de felicitación a los nuevos doctores, ya de inauguración de un curso nuevo. El uso luego de decir «vamos a escuchar al Paraninfo», o simplemente, «vamos al Paraninfo» hizo que el significado de la palabra se deslizara de la persona que pronunciaba la oración al lugar donde ésta se pronunciaba. Pero creo que conviene que no olvidemos aquel sentido original por todas las connotaciones que puede llevar implicadas la palabra padrino, implicaciones de alegría, de anuncio de felicidad, de buenos deseos, de aliento para los que van a comenzar una nueva tarea en la vida, y también de responsabilidad del padrino hacia sus apadrinados, de disposición para ayudarlos, de hacerles saber que siempre podrán encontrar su mano tendida, y así, puesto que hoy yo no soy yo, sino la imagen que concentra y la boca por la que hablan todos los profesores de esta Universidad, quiero ofrecerlos, alumnos, la felicitación de todos esos profesores en el inicio de un nuevo curso, felicitación porque vais a tener el privilegio de, sostenidos por el esfuerzo de otros españoles que trabajan en la mina, el andamio, o el tractor, poder dedicar un año entero a estudiar, a formaros, a leer, a reflexionar, a prepararos en definitiva para conseguir una vida fructífera y generosa. Ya veis, en fin, que si bien se piensa, Paraninfo quiere decir mucho más que cuatro paredes.

Vuelvo a las dudas del caminante ante el sendero partido en múltiples direcciones. Ante él me he encontrado como si el camino dejara de ser camino, se irguiera, se levantara vertical hacia el cielo ante mí, y se convirtiera en árbol de innumerables ramas cargadas de frutos tan variados y apetecibles que llega el punto en que saltan los ojos de una fruta a otra y vacila el deseo, requerido por tantas y tan deseables apetencias. Tal es el árbol que campea en el escudo de nuestra Universidad y que preside también esta aula; el árbol de la ciencia, con múltiples opciones entre las cuales debemos escoger hoy alguna que pueda servirnos de heraldo o faraute anunciador del curso que comenzamos.

Muchas horas he pasado en las últimas vacaciones meditando en todo esto que ahora expongo ante vosotros, mientras paseaba arriba y abajo por el camino de Santiago que pasa muy cerca de mi casa en La Rioja y allí me di cuenta de que no tenía que seguir pensando más para buscar un tema que compartir con vosotros en esta mañana, ya que lo tenía delante, de hecho tenía los pies puestos sobre él. Bien sabéis de mi interés por ver la actividad universitaria como una actividad interdisciplinar y formadora de la totalidad del hombre, actividad tanto más necesaria si consideramos que la división en departamentos puede a veces tender a encasillamientos en los que una especialización cada vez más concreta puede terminar haciéndonos perder el norte de un humanismo que es a la vez la raíz y la savia de nuestra civilización y sin el cual, indefectiblemente, sólo podremos encontrar un futuro de odios y desastres. Pues bien, ¿qué mejor proyecto interdisciplinar puedo ofrecer a vuestra atención en este año jubilar de Compostela que el propio Camino de Santiago? Rara será la disciplina que no vaya a poder encontrar en él materia de investigación que, a buen seguro, nos resultará luego interesante a todos, y terminará aportando un poco más de luz sobre ese sorprendente y fecundo fenómeno histó-

rico que siglo tras siglo continúa atrayendo hacia sí a gentes de todos los climas que buscan entre las fatigas de su caminar una estrella. Una estrella que brilla sobre la tumba del Apóstol y una estrella interior que va tomando su brillo y su fuerza con el lento progresar del peregrino.

## DE CAMINOS, RELIQUIAS, TRASLACIONES Y HALLAZGOS

### EL CAMINO DE LAS ESTRELLAS Y EL HÉRCULES GADITANO

No deja de resultar curioso que ese maravilloso grupo de estrellas que cruza de este a oeste el cielo de nuestras noches y, conocido como Camino de Santiago, esté unido por su otro nombre de Vía Láctea a aquel otro héroe de nuestro inconsciente colectivo, el Herakles de los griegos y Hércules de los latinos, al que Homero consideraba como *aristos epichthonión*, el más excelente de los pobladores de la tierra<sup>1</sup>, y que fue el causante, con su nacimiento, de la aparición de la Vía Láctea en el cielo. Podemos encontrar la historia de este precioso mito en un libro que tuvo mucha difusión en nuestro Siglo de Oro, titulado *El Teatro de los Dioses*, obra del salmantino Fray Baltasar de Vitoria, que ayudó no poco a la difusión del conocimiento de la mitología greco-romana al ofrecerla en un estilo ameno y rebotante de todo tipo de dilatadas y curiosas alusiones. Fue Censor Oficial del libro Lope de Vega, quien al redactar su Aprobación, el dos de septiembre de 1619, expresaba su opinión de que la obra constituía «una lección importantísima a la inteligencia de muchos libros, cuya moralidad envolvió la antigua filosofía en tantas fábulas, para exornación y hermosura de la Poesía, Pintura y Astrología, y en cuyo ornamento los Teólogos de la Gentilidad, desde Mercurio Trismegisto hasta el divino Platón, hallaron por símbolos y jeroglíficos la explicación de la naturaleza de las cosas ... Muestra el Autor de este libro suma lección y erudición y faltaba verdaderamente en nuestra lengua como le tienen los de Italia y Francia».

En el libro, pues, de Fray Baltasar se nos narra cómo Anfitrión, rey de Tebas ha partido para la guerra y Júpiter, enamorado de la bellísima Alcmena, esposa del tebano, toma la forma del esposo ausente y yace con la inocente Alcmena durante tres días y tres noches que convierte en una larga noche haciendo que el sol y la luna detengan su curso.

Dio a luz Alcmena a Hércules y, queriendo Júpiter que su hijo se alimentara de leche divina para que de este modo pudiera ser contado plenamente entre los dioses, puso al niño entre los brazos de Juno mientras ésta dormía, para que tomara su pecho.

---

<sup>1</sup> Himno Homérico a Heracles, 1-2.



Despertó, sin embargo, enfurecida la diosa y apartó violentamente de su lado al niño. En ese momento salieron salpicadas por el cielo unas gotas de la leche de la diosa y en el cielo quedaron formando un reguero de estrellas: la Vía Láctea. Ya tenemos, pues, en el cielo ese camino con el que, en la tradición de los cantares de gesta, habrá de soñar Carlomagno una y otra vez hasta que se le aparezca Santiago invitándole a seguir ese camino del cielo que le guiará hasta su tumba en Compostela.

Infatigable en sus luchas, fue Hércules modelo y paradigma en las peleas de cada ser humano durante su vida. Su fuerza ha sido a lo largo de los siglos el símbolo señero de la virtud y la constancia. Carlos V quiso que se le asociara con el héroe clásico colocando en su escudo las columnas que Hércules había erigido en los montes de Calpe y Abila, a ambos lados del estrecho de Gibraltar. También quiso Felipe IV fusionar su monarquía con la leyenda del héroe griego y, en 1634, encargó a Zurbarán diez cuadros en los que había de estar representados los trabajos del hijo de Alcmena, con el fin de colocarlos sobre diez ventanas del Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro. Y el mismo rey recibió en mayo de 1638, desde Flandes, el cuadro de *La Vía Láctea* de Rubens, en el que se representa a Juno con generosos pechos, con el pequeño Hércules en brazos y poniendo en el cielo su camino de estrellas. Vino este cuadro destinado a la Torre de la Parada, el pabellón de caza del rey en terrenos de El Pardo, y desde allí encontró su camino hasta el Museo del Prado donde hoy podemos admirarlo.

Uno de los santuarios más famosos de la antigüedad fue el que levantaron los gaditanos a su patrón Hércules. Alzábase el templo extramuros de la ciudad, en la isla Heraclea, luego isla de Santi Petri, siguiendo la costumbre de levantar los templos de Hércules fuera de las ciudades para que, al ser abogado de los caminantes, pudieran encomendarse a él los que emprendían algún viaje, o darle gracias los que regresaban venturosos. Esta idea siguió viva entre los humanistas, y así, Escalfigero opinaba: «*Principio Hercules peregrinus, ideoque ei templa extra urbem dicantur*», «*Fue Hércules en un principio peregrino y por eso se le construyen los templos fuera de las ciudades*»<sup>2</sup>.

No había estatuas de Hércules en su templo de Cádiz, pero su fama radicaba en la creencia de que en él se conservaban los huesos o reliquias del héroe, por lo que llegó a ser uno de los santuarios más venerados y visitados de la antigüedad. Se pensaba que el propio Alejandro Magno había hecho promesa de visitar el templo, y, en el exterior del mismo se le había levantado una estatua. Fue ante esta efigie de Alejandro donde tuvo lugar la famosa anécdota de Julio César que nos narra Suetonio<sup>3</sup>. Siendo cuestor en Hispania, visitó César el templo de Hércules en Cádiz y, al contemplar la estatua de Alejandro Magno, rompió a llorar al considerar que aún no había realizado ninguna hazaña memorable, teniendo más de treinta y tres años, edad a la que había muerto Alejandro Magno tras conquistar medio mundo,

---

<sup>2</sup> José Julio Escalfigero (1540-1609), el gran filólogo y cronista, sucedió en 1593 al famoso Justo Lipsio en la Cátedra de Historia de la Universidad de Leyden.

<sup>3</sup> C. Suetonio, *La vida de los doce césares*, vol. I, pp. 11-12.

así que abandonó sus cargos en Hispania y regresó a Roma dispuesto a convertirse en aquella figura que, años más tarde, describiría así el cordobés Lucano:

*Acer et indomitus, quo spes quoque ira vocasset,  
Ferre manum et nunquam temerando parcere ferro,  
Succesus urgere suos, instare fauori  
Numinis, impellens quidquid sibi summa petenti  
Obstaret gaudesque uiam fecisse ruina.  
Qualiter expressum ventis per nubila fulmen...<sup>4</sup>*

*Indómito y enérgico, raudo se presentaba allí donde pudieran llamarle la ira o la esperanza y nunca se echaba atrás de utilizar la espada; Él mismo empujaba su éxito, e impetraba el favor de los dioses, apartando de sí cuanto pudiera impedirle alcanzar el supremo poder, abriéndose gozoso camino entre las ruinas. Era semejante al rayo que arrastran los vientos entre las nubes...*

Otra peculiaridad del templo gaditano consistía en que, pese a que los romanos no podían nombrar a los dioses herederos de sus bienes, el Senado lo había exceptuado de esta ley, lo que nos hace pensar ya en las donaciones que también recibirán templos y monasterios por parte de los reyes cristianos. Existía asimismo junto al santuario un gran hospital o albergue para los peregrinos, al igual que surgirán también instituciones similares a lo largo de los caminos de peregrinación medievales.

En más de una ocasión me he referido a estos hechos ya existentes en el mundo grecorromano que seguirán vigentes a lo largo de la Edad Media y que, en ocasiones, perviven y se revitalizan en nuestros días. Así, el camino de las estrellas, la Vía Láctea, el Camino de Santiago, siempre ha llamado la atención del hombre con su impenetrable aura de misterio y magnificencia, y siempre lo hemos interpretado como un camino de este a oeste, como una invitación a dirigirnos hacia lo desconocido en pos del sol, como el camino de las grandes migraciones históricas, como la dirección en que se han extendido las civilizaciones.

El mito de la diosa Juno, o Hera, dando su pecho al pequeño Hércules, reforzando con ello la divinización del hijo de Júpiter y Alcmena, va a tener un eco también en la iconografía cristiana con las imágenes de San Bernardo recibiendo del pecho de la Virgen la leche que vemos como símbolo de vida, de dulzura y de esperanza en la unión con la divinidad.

El hecho de unir «templo y cocinas» en el lugar de veneración de Hércules va a tener también su eco multiplicado en los albergues del Camino de Santiago, ya junto a los Monasterios, ya en humildes construcciones en pueblos perdidos, o ya en magníficos edificios como el de San Marcos de León, el Hospital del Rey en Burgos, o el Hostal de los Reyes Católicos en Compostela.

---

<sup>4</sup> M. A. Lucano, *La Farsalia*, lib. I, 146-151.

## LA ATRACCIÓN DE LAS RELIQUIAS

Y luego, la atracción magnética, y acaso inexplicable, de los huesos, de las reliquias del héroe. Esa intensa sensación de que la proximidad o el contacto con algo que formó parte de su ser se convierte para nosotros en una misteriosa fuente de luz y de vida.

Y los primeros cristianos tuvieron la misma sensación. El acto supremo de su religión era la celebración de la Eucaristía, el recuerdo de la conversión del pan y el vino en cuerpo y sangre del Hombre-Dios que había dicho: «*y siempre que hicieréis esto, lo haréis en recuerdo mío*». Y para celebrar aquel banquete en que el hombre se alimenta de Dios, no encontraron mejor lugar que las tumbas de los primeros mártires, palabra que significa *testigo*, testigos de la fe por la que habían dado sus vidas. Es aún hoy y la misa se sigue celebrando de la misma manera, ya que en el centro de todos los altares se encuentra embutida el ara, la piedra cuadrada que encierra reliquias de algún santo. Como piedra, es el ara un fuerte elemento tradicional simbólico, con su fuerza, su permanencia, su inalterabilidad, que evoca la Potencia creadora del cosmos.

Así, el ara, con sus reliquias es también de piedra que está en contacto con el mundo de los muertos, mas, como estos muertos son santos está en contacto con el cielo que quedará simbolizado en la curvatura del ábside o en la bóveda del cruce-ro y con todo ello se convierten las reliquias en un recordatorio a la vez de un mundo inferior y de un mundo celeste y, con la gracia que las animó en vida, en protectoras de los fieles que, arrodillados ante ellas, oran.

Aquellas primeras tumbas de los mártires sobre las que se celebraban a escondidas los ritos cristianos durante las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia, pasaron a convertirse con el Edicto de Constantino<sup>5</sup> en centros de culto público y sobre ellas comenzaron a elevarse santuarios a los que acudían los fieles especialmente en el día del aniversario de la muerte del santo a quien estaba dedicado el templo. Tenía éste culto en principio carácter local, pero, en ocasiones, surgía una atracción especial que llevaba hasta el santuario a verdaderas multitudes, como es el caso en la conmemoración de San Félix, ocasión en la que acudían a Nola tantas gentes del sur de Italia, que la pequeña ciudad parecía otra Roma. A estas fiestas de conmemoración de un santo solía invitarse a algún obispo ilustre para que cantara las glorias del mártir; así nació la literatura panegírica en la que

---

<sup>5</sup> Tras la batalla de Peñas Rojas, a quince kilómetros de Roma, en la que, después de haber tenido la famosa visión de una cruz en el cielo rodeada por las palabras *In hoc signo vinces. Con esta señal vencerás*, Constantino (274-337) derrotó a Magencio que pereció en su huida cayendo al Tiber desde el puente Milvio. Al año siguiente proclamó el Edicto de Milán por el que cesaban las persecuciones de cristianos y se les concedía el derecho a celebrar cultos. Constantino convocó el Concilio de Nicea, primero de los ecuménicos, al que acudieron 319 obispos, presididos por Osio, obispo de Córdoba, y en el que se condenaron las doctrinas del arrianismo. Creó la ciudad de Constantinopla como nueva capital del imperio, levantó la grandiosa basílica de Santa Sofía, y, poco antes de morir, el 22 de agosto del año 337, recibió el bautismo.

habían de sobresalir San Gregorio Nacianceno, San Basilio, San Gregorio Niseno y tantos otros.

Es de notar que, en la parte occidental del Imperio, los cristianos siguieron observando la legislación romana que defendía la inviolabilidad de las tumbas y prohibía los traslados de restos. La actitud en la iglesia oriental era distinta y muy pronto comenzaron los traslados de reliquias a las grandes ciudades, las cuales las recibían con gran pompa y las veneraban como un preciado tesoro. Ya en el año 356, el emperador Constancio trasladó a Constantinopla las reliquias de San Timoteo, y, al año siguiente las de San Andrés y San Lucas. Y, ante la ansiedad de poseer los cuerpos de los santos, no tardó en aparecer la práctica de irlos fragmentando y repartiéndolos, concediendo a la parte las virtudes y beneficios del todo.

### HALLAZGOS, MILAGROS Y FAMAS

Además de este culto de las reliquias de santos cuya localización era conocida, no tardó en aparecer una variante peculiar: la *inventio* o hallazgo, a través de una intervención milagrosa, como una aparición, un sueño, unas luces brillantes, del cuerpo de un santo cuya localización se ignoraba. Entre los más célebres de estos primeros hallazgos está el de los santos Gervasio y Protasio que realizó San Ambrosio en Milán en el año 386, hallazgo del que dan testimonio el propio San Ambrosio y su discípulo San Agustín. «Entonces fue cuando por medio de una visión descubriste al susodicho Obispo (San Ambrosio) el lugar en que yacían ocultos los cuerpos de San Gervasio y San Protasio, que tú habías conservado incorruptos en el tesoro de tu misterio tantos años, a fin de sacarlos oportunamente para reprimir una rabia femenina y además regia (La rabia de Justina, madre del emperador Valentiniano todavía niño, arriana y perseguidora de los cristianos) Porque habiendo sido descubiertos y desenterrados, al ser trasladados con la pompa conveniente a la basílica ambrosiana, no sólo quedaban sanos los atormentados por los espíritus inmundos, confesándolo los mismos demonios, sino también a un ciudadano, ciego hacía muchos años y muy conocido en la ciudad, quien, como preguntara la causa de aquel alegre alboroto del pueblo y se lo indicasen, dio un salto y rogó a su lazarillo que le condujera al lugar; llegado allí, suplicó se le concediese tocar con el pañuelo el féretro de tus santos, cuya muerte había sido preciosa en tu presencia (Salmo, 115, 5). Hecho esto, y aplicado después a los ojos, recobró al instante la vista»<sup>6</sup>. Poco más tarde, descubriría también San Ambrosio los cuerpos de los santos Vidal y Agrícola, que colocó bajo el altar de su basílica en Florencia.

El descubrimiento de las reliquias de San Esteban tuvo lugar en el año 415, en Cafargamala, gracias a la aparición al presbítero Luciano del doctor de la Ley Gamaliel, mencionado en los Hechos de los Apóstoles<sup>7</sup>, quien indicó el lugar de su

---

<sup>6</sup> San Agustín, *Confesiones*, IX, 7, 16. Edición de la B.A.C. Tomo II, pp. 362-363.

<sup>7</sup> Hechos, V, 34; XXII, 3.

propia sepultura en la que estaban enterrados también Nicodemo y San Esteban. Las reliquias de San Esteban se repartieron por muchas iglesias, y parte de ellas trajo desde oriente Paulo Orosio, quien, en 417, las depositó en la iglesia de Mahón en la isla de Menorca, con el resultado de la conversión al cristianismo en menos de ocho días de 540 judíos que habitaban en la isla, suceso acompañado de otros muchos milagros<sup>8</sup>.

La mención de los milagros nos lleva a recordar la virtud que se atribuía a las numerosas reliquias que comenzaron a venerarse por toda la cristiandad: ahuyentaban a los demonios, resucitaban a los muertos y curaban toda clase de enfermedades, dolencias y miserias. La fama de los milagros que tenían lugar en un santuario concreto corría de boca en boca y se ampliaba e intensificaba con los llamados *libelli*, o folletos, en los que se recopilaban los milagros de un santo concreto. Uno de los primeros ejemplos de este tipo de literatura podemos encontrarlo en San Agustín, en el Libro XXII de su *De Civitate Dei*<sup>9</sup>.

Con esta extensión de la fama de los milagros de un santuario se fueron ampliando también los números de los fieles que acudían al lugar sagrado, ya para solicitar algún favor, ya para dar las gracias por alguna merced concedida, o, simplemente, por devoción, por deseo de acercarse, o acaso tocar el cuerpo de un santo al que veían en definitiva como una fuente de vida, o como un puente que les daba la posibilidad de acercarse a un Dios, supremo y misterioso, pero que se hacía más asequible, compasivo y próximo a través de aquellos seres que habían merecido su gracia en la tierra y gozaban ya de su presencia en el cielo.

Tuvo España en los principios del cristianismo sus mártires propios, cantados por Prudencio en su *Peristephanon*, entre ellos Santa Eulalia en Mérida, los santos Emeterio y Celedonio en Calahorra, Santa Engracia en Zaragoza, San Eulogio en Tarragona o San Vicente en Sagunto<sup>10</sup>. De todos estos santos, el más célebre en España y en toda la cristiandad fue San Vicente, en cuya alabanza compuso San Agustín su sermón número doscientos setenta y cinco, en el que teoriza sobre las reliquias de los santos de un modo que nos hace comprender que fueran tenidas en tan singular veneración durante tantos siglos: «*En verdad que la muerte de los santos es preciosa en el acatamiento del Señor (Salmo 115, 15) pues ni aún el polvo en que se muda la carne con la ausencia de la vida es tenido en ruin aprecio, antes, al dejar el alma invisible su visible morada, vela el Señor por esta habitación donde vivió su*

---

<sup>8</sup> Una curiosa relación de todos estos hechos puede verse en el tomo VIII, pp. 33-39, del *Año Cristiano* que en 1793 publicó en Madrid don Joaquín Lorenzo Villanueva, Calificador del Santo Oficio y Capellán Doctoral de S.M. en la Real Capilla de la Encarnación.

<sup>9</sup> Allí, tras narrar numerosos milagros de diversos santos, se refiere a la conveniencia de redactar los libelli, o informes, con el fin de extender la fama de esos mismos santos: «...*aún donde se tiene la diligencia, que ha comenzado a tomar cuerpo entre nosotros, de que las relaciones hechas por los agraciados se lean al pueblo...*» San Agustín, *De Civitate Dei*, XXII, 8, 22. B.A.C. Tomo VII, p. 665.

<sup>10</sup> El *Peristephanon* («acerca de la corona», la corona de los mártires) es una colección de himnos en honor de diversos mártires escrita por Aurelio Prudencio Clemente natural de Calahorra, y publicada en el año 405. Puede verse en sus *Obras Completas*, B.A.C., Madrid, 1981, pp. 481-743.

*siervo, haciéndosela, para gloria suya, objeto venerable de sus fieles servidores. Obrar Dios tales maravillas sobre el cuerpo de sus amigos difuntos, ¿no es claro testimonio de que para Él no están muertos, dejándonos inferir de ahí lo muy honradas que tiene en su gloria las almas de los que por su nombre murieron, cuando en la carne exánime tanto reluce la pujanza de la Divinidad? ...la Divina Providencia, obrando tan espléndidos milagros a favor de los cadáveres de los mártires, ciñe de honor prominente los inanimados despojos, y así, sobre estas cenizas, cuya belleza desapareció al emigrar el alma, resalta más a lo vivo el autor de toda la vida»<sup>11</sup>.*

Aparte de los cuerpos de los mártires, pronto surgió también la devoción por los de otros santos, y así la tumba de San Millán en los montes Distercios de La Rioja se convirtió en la época visigoda en centro de peregrinación ya que según San Braulio, obispo de Zaragoza, acudían a ella los fieles en busca de salud y en petición de milagros. Sobre dicha tumba surgiría la pequeña basílica que daría lugar al actual monasterio de San Millán de Suso y posteriormente al de Yuso y acerca de ella escribiría San Eugenio su poema *De Basilica Sancti Aemiliani* que constituye una decidida invitación a visitar el templo del santo:

*Aquél a quien oprimen las penas o el pecado,  
el atormentado por la enfermedad o la salud débil,  
emprenda este camino rápidamente con devoto corazón,  
aparte sus ansias y verá todo favorable ...*

*Aquí andan los cojos y reciben luz los ciegos,  
la piel se hace limpia desprendiéndose de la lepra,  
se da vida a los muertos, se cura toda enfermedad  
y la salud recobrada rompe en alabanzas<sup>12</sup>.*

Tras la invasión musulmana, la iglesia visigoda pudo seguir en un principio con sus templos, sus santos y sus ritos tradicionales, mientras el pequeño territorio que se comenzó a constituir en Asturias con los seguidores de Don Pelayo, dispuestos a iniciar la recuperación de la patria, carecía de templos y de santos de devoción tradicional; sí llevaron consigo los nobles y eclesiásticos godos algunas reliquias que habían de constituir el núcleo principal de la Cámara Santa en la basílica de San Salvador de Oviedo, que será el principal foco de devoción en los principios de la Reconquista.

Muy pronto, sin embargo, el hallazgo milagroso del cuerpo de Santiago el Mayor, el primer evangelizador de España, oculto durante siglos cerca del Finisterre, del fin de la tierra, va a proporcionar al reino de Asturias la más famosa reliquia de la Europa Occidental y va a poner en marcha año tras año y hasta nuestros días ese río incesante de peregrinos que con los ojos puestos en las estrellas del Camino de Santiago, de la Vía Láctea, que les va marcando su ruta sobre el azul del

<sup>11</sup> San Agustín, Sermón CCLXXV, B.A.C., Tomo VII, p. 665.

<sup>12</sup> *Carmen IX*, Vollmer, p. 241.

cielo, van caminando hacia el Campo de la Estrella, Compostela, en el que también veía Gerardo Diego a don Ramón María del Valle-Inclán, en bellísima metáfora:

*Su humanidad tan frágil, asombro de las mieses,  
entre postrimerías se litigia y parcela.  
Sus barbas y cabellos, ceniza hace unos meses,  
son hoy prodigio arácnido, espumas de la estela,  
—patache caracol de ángeles coruñeses—  
que guía —Vía Láctea— a Compostela<sup>13</sup>.*

## UN TARDÍO HALLAZGO EN INGLATERRA

Estas *inventiones*, o hallazgos no se limitaron a la Alta Edad Media. En uno de aquellos tratados medievales que se dedicaban a la teoría de la educación, titulado *De instructione Principis, Acerca de la educación de un príncipe*, que, hacia 1223, escribió Gerald of Wales, se encuentra una curiosa descripción nada menos que del hallazgo de la tumba del Rey Arturo. En un momento en que los ciclos de Arturo y la Tabla Redonda llenaban la imaginación de Europa en competencia con los ciclos de Carlomagno, el hallazgo no podía ser más que inmensamente favorable para el monasterio de Glastonbury, en el antiguo reino de Wessex, al sur de Bristol y al oeste de Salisbury, donde parecía situarse la fabulosa tumba. Escuchemos al monje Gerardo:

*«La memoria del famoso Arturo, rey de los britanos, no debe ser perdida, ya que es muy alabada por las historias del también famoso monasterio de Glastonbury, del que el rey fue en su época distinguido y generoso patrón, y magnífico ayudador. En verdad que amaba la iglesia de Santa María de Glastonbury más que a todas las otras iglesias de su reino y la ensalzó sobre las demás con devoción mucho mayor. Este famoso guerrero se hizo pintar en el reverso de su escudo una figura de la bienaventurada Virgen de manera que, en las batallas, pudiera siempre tenerla ante sus ojos; y en los momentos más peligrosos del combate besaba sus pies con grandísima devoción.*

*Pues bien, el cuerpo de Arturo, del que dicen los romances que se convirtió en una especie de fantasma, libre de la muerte, y al que su espíritu llevaba y traía por todas partes, fue descubierto en nuestros días en Glastonbury entre dos pirámides de piedra levantadas en el camposanto, ocultas en lo hondo del suelo por un roble hueco, y acompañadas por maravillosas señales y maravillas, así que fue trasladado con honor a la iglesia y colocado como merecía en un sepulcro de mármol, con una cruz de plomo sujeta a la parte inferior de la cubierta del sepulcro (la cual yo he visto, y de hecho he copiado las letras que tiene esculpidas) con estas palabras: «Aquí yace enterrado el famoso rey Arturo, con Ginebra, su segunda esposa, en la isla de Avalon...»*

<sup>13</sup> Gerardo Diego, *Obras Completas*, Santillana, S. A. (Alfaguara), Madrid, 1996, Tomo II, p. 53.

*Sabed, pues, que lo que ahora se llama Glastonbury, era llamado en épocas antiguas la Isla de Ávalon. Ya que, en verdad, es como una isla, al estar enteramente rodeado por zonas pantanosas, por lo que, en la lengua celta era llamado **Inis Avallon**, que significa «Isla de los manzanos». Ciertamente el lugar abunda en manzanas, que se llaman en la vieja lengua **aval**. Y Morgana, la noble matrona, dueña y gobernante de estos lugares, también emparentada con el rey Arturo, tras la batalla de Camlan, lo trajo para curarle de sus heridas a esta isla que ahora se llama Glastonbury. En la primitiva lengua de los britanos esto se llamaba también **Inis Gutrin**, es decir, «la Isla de Cristal»; de estas palabras, los invasores llamaron al lugar **Glastingeburi**, pues **glas** significa cristal en su lengua, y **buri** es castro o ciudad.*

*Sabed también que los huesos de Arturo eran tan grandes, que en ellos se cumplieron estas palabras del poeta: «Y se pasmará al ver en los excavados sepulcros huesos gigantescos».*

Hace gala el galés de su cultura citando el verso 497 del primer capítulo de las *Geórgicas* de Virgilio, dentro del apartado donde el mantuano describe los prodigios de la naturaleza a la muerte de Julio César. El párrafo completo al que se refiere Edgar dice: «*Día vendrá en que el labrador, al revolver la tierra con el corvo arado en aquellos confines, hallará dardos corroidos por el áspero orín y hará resonar con los pesados rastros yelmos vacíos y se pasmará al ver en los excavados sepulcros huesos gigantescos*» (Cito la traducción de Eugenio de Ochoa, Vergara Editorial, Barcelona, 1959, p. 149). De este modo el hábil monje promociona su monasterio haciendo parecer como proféticos los versos de Virgilio. Lejos de Glastonbury, otro monje promociona también a su monasterio de la Cogolla con los prodigios que narra en su *Vida de San Millán* y *Vida de Santa Oria*, sólo que Gonzalo, nacido en Berceo, no escribe en latín como Gerardo de Gales, sino en «román paladino», accesible al pueblo que llegaba desde toda Castilla a venerar a su patrón San Millán de la Cogolla.



## SANTIAGO ZEBEDEO

### HISTORIA Y TRADICIÓN

Fue Santiago<sup>14</sup> uno de los cuatro primeros discípulos de Cristo, como nos narra San Mateo en su evangelio (cap. IV, 18-22): «Caminando, pues, junto al mar de Galilea vio a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, los cuales echaban la red en el mar, pues eran pescadores; y les dijo: Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres. Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron. Pasando más adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y Juan su hermano, que, en la barca, con Zebedeo su padre, componían las redes, y los llamó. Ellos, dejando luego la barca y a su padre, le siguieron». Así comienza el gran giro en la vida del humilde pescador al que Cristo pondrá poco después el sobrenombre de Boanerges, Hijo del Trueno, y que será enviado con los demás apóstoles a anunciar su Reino al mundo (San Lucas, IX, 1-6). Santiago y San Juan, junto con San Pedro, van a ser los apóstoles que llegarán a tener un trato más íntimo con Jesús; sólo ellos asistirán a la resurrección de la hija de Jairo, estarán presentes en la Transfiguración de Jesús en el monte Tabor, y serán los más próximos a Él en la agonía en el Huerto de los Olivos.

Tras la muerte de Jesucristo, se repartieron los apóstoles por el mundo conocido para predicar la doctrina de su Maestro, y los textos más antiguos designan a Santiago como predicador en España. El *Breviarum Apostolorum* que circula por todo el occidente desde los siglos V y VI, dice del apóstol: «Éste predica en España y regiones occidentales». Un opúsculo de comienzos del siglo VII, muy difundido también y atribuido a San Isidoro, al referirse a Santiago dice: «predicó el Evangelio en España y tierras occidentales y llevó la luz de la predicación hasta los fines de la tierra». El mismo San Isidoro en su *De ortu et obitu Patrum*, adscribe a Santiago la predicación en España. Son de igual opinión Beda el Venerable en Inglaterra, siglo VIII, en sus *Excerptiones Patrum*, San Beato de Liébana en el prólogo del libro

---

<sup>14</sup> De su nombre hebreo **Jacob**, que significa «al que Dios protege», vino el latino **Iacobus**, de donde surgen nuestros: **Jacobo**, **Jaime**, **Yago**, y, con el adjetivo *sant* antepuesto y unido al nombre, **Santiago**. Otra variante del nombre es la de **Diego**, que es la que usa Cervantes cuando hace exclamar a Don Quijote: «Éste se llama don Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo».

segundo de su famoso *Comentario al Apocalipsis*, siglo VIII, y la misma idea aparece en el comentario a la *Profecía de Nahum*, atribuido a San Julián de Toledo, también del siglo VIII. A finales del siglo VII, San Adhelmo, abad de Malmesbury, en Inglaterra, en un poema escrito para el altar de Santiago en su abadía, afirma del Apóstol que «él fue el primero que convirtió a la fe a las gentes hispanas».

De estos datos espigados podemos deducir la aceptación por la cristiandad de los siglos VI al VIII del hecho de la predicación de Santiago en España, aceptación sin duda basada en una permanente tradición más antigua y que terminará manifestándose en la proliferación de iglesias dedicadas a Santiago en Galicia, Inglaterra y Francia en los siglos VII y VIII.

### TRADICIÓN Y LEYENDA

Y entre las ramas del bosque de la tradición, las luces de la leyenda, que tendrá multitud de redacciones y recibirá sus formas más difundidas en el *Liber Sancti Jacobi*, conjunto de escritos del siglo XII redactados en diversas épocas y divididos en cinco partes, en la tercera de las cuales se narra la traslación a Galicia del cuerpo de Santiago. Posteriormente, tendría gran difusión la *Leyenda Áurea*, de Jacobo de la Vorágine, en la que también se alude al traslado de los restos de Santiago. Según estas leyendas en las que se mezclan toda suerte de hechos maravillosos y fantásticos que tenían que resultar tan atractivos para el auditorio medieval, el Apóstol, desalentado por los pocos frutos que estaba obteniendo su predicación en España, donde no había podido conseguir más que un reducido grupo de seguidores, decidió regresar a Jerusalén, donde los judíos consiguieron de Herodes que lo condenara a muerte. Cuando se dirigía al lugar de su martirio, Santiago devolvió la salud a un paralítico y logró la conversión del funcionario que lo conducía, al que bautizó, y, tras ello, fueron degollados los dos. Arrojaron los judíos los restos de Santiago al campo con el fin de que fueran devorados por los animales, pero sus discípulos los recogieron por la noche y los llevaron hasta la orilla del mar. Sigue la leyenda narrando que, subidos los discípulos en una nave con su carga preciosa, en siete días según unas narraciones, en una sola noche según otras, la nave prodigiosa los llevó hacia occidente y se detuvo en el puerto de Iria Flavia en Galicia. Allí se alzó el cuerpo del santo por los aires, cegando con su resplandor la propia luz del sol. Una vez que hubo descendido, lo depositaron sus discípulos sobre una gran piedra que, al contacto del cuerpo, se ablandó como si fuese de cera y adoptó la forma del sarcófago para recibir la santa reliquia. En el Museo Lázaro Galdiano de Madrid puede verse una tabla del Maestro de Astorga con la representación del santo yacente en la gran piedra, o Padrón, que terminó dando nombre al lugar del desembarco.

Caminaron luego los discípulos con su preciado tesoro hasta el palacio de una poderosa matrona pagana, la reina Lupa o Loba, a la que solicitaron unos palmos de tierra para enterrar a su maestro; ella los envió al rey Duyo, que se irrita con ellos, y los persigue con sus hombres pero, al atravesar un puente, éste se hunde y perecen los soldados del rey. Vuelven los discípulos a la reina Lupa e intentan que se convierta al ver el castigo del rey Duyo y de sus hombres. Ella los envía al monte

Ilicino donde tiene pastando unos toros, y les dice que pueden escoger los que necesitan para la obra del sepulcro, a sabiendas de que los toros son salvajes y se han de lanzar contra los asendereados discípulos empeñados en encontrar un lugar para que descansa el cuerpo de su maestro. Al llegar al monte, se encuentran con un enorme dragón, que aparece arrojando fuego por sus fauces, mas, ante la señal de la cruz, fuego y dragón se convierten en humo. También se amansan los fieros toros ante la fuerza de la oración y regresan los discípulos, con su preciosa carga arrastrada por los ya obedientes animales, ante la reina Lupa, quien, convencida por los prodigios del cuerpo santo, dona al fin, un lugar para que pueda ser enterrado Santiago. Y así, los discípulos colocaron el cuerpo de su maestro en un sarcófago de mármol y construyeron sobre él un altar y una pequeña capilla. En las excavaciones arqueológicas realizadas en Compostela en 1879 y entre 1946 y 1959, apareció, debajo del altar de las diversas basílicas que se han ido sucediendo en el mismo lugar, un mausoleo romano del siglo I; al oeste del mausoleo, un cementerio suevo-cristiano y, a un nivel inferior, otro cementerio romano. En 1879, se exhumaron los restos del subsuelo de la Catedral de Santiago, y, tras un proceso diocesano y otro pontificio, el Papa León XIII confirmó a identidad de las reliquias con la constitución *Deus Omnipotens*, del 1 de noviembre de 1884.

## OLVIDO Y HALLAZGO

Vino luego el silencio sobre el lugar sagrado. Vándalos, suevos y alanos invaden la península arrasando cuanto hallan a su paso. Más tarde llegará la oleada árabe y, en el año 718, se inicia la pelea de la Reconquista. Reina en Oviedo Alfonso II el Casto, cuando, hacia el año 820, un anacoreta llamado Pelayo tuvo apariciones angélicas que le revelaron la existencia del sepulcro de Santiago en las proximidades de la aldea de San Fiz, o Félix, de Solovio, mientras los habitantes de la aldea veían con asombro cómo brillaban por las noches resplandecientes luminarias semejantes a estrellas sobre un campo cercano, el que había de ser Campo de la Estrella, Compostela.

El anacoreta Pelayo se apresuró a comunicar estos hechos prodigiosos a Teodomiro, obispo de Iria, quien, tras decretar oraciones y un ayuno de tres días, se acercó con los fieles al lugar de las luminarias y allí, entre la maleza del bosque, halló el mármoleo sepulcro de Santiago y se apresuró a comunicar la fausta noticia al rey de Oviedo, Alfonso II el Casto (791-842). Recibió Alfonso entusiasmado la buena nueva y no tardó en organizar la que podemos considerar como la primera peregrinación a Santiago de Compostela. A finales de agosto del año 829, partía el rey con su corte hacia el sepulcro recién descubierto. Y en el llamado *Tumbo A*<sup>15</sup>, conservado en la Catedral de Compostela, podemos leer: «*Alfonso Rey. Por este mandado de nuestra serenidad damos y concedemos a este bienaventurado Apóstol Santiago y a ti, nuestro Padre Teodomiro Obispo, tres millas de tierra en torno al*

---

<sup>15</sup> *Tumbo*: cartulario, conjunto encuadernado de documentos y privilegios pertenecientes a una catedral, iglesia o monasterio.

*sepulcro de Santiago Apóstol. Porque las reliquias de este beatísimo Apóstol, es decir, su santísimo cuerpo, ha sido descubierto por revelación en nuestro tiempo. Y yo, al enterarme, he venido corriendo acompañado de mis cortesanos, con gran devoción y súplica para adorar y reverenciar a tan precioso tesoro y le hemos adorado con lágrimas y muchas oraciones como a Patrono y Señor de toda España, y voluntariamente le concedimos la sobredicha donación de las tres millas.*

*Y en su honor hemos mandado edificar una iglesia y hemos unido la Sede Iriense con el Lugar Santo para provecho de nuestra alma y la de nuestros parientes y para que todo esto te sirva a ti y a tus sucesores por todos los siglos. Se hizo esta escritura el 4 de septiembre del año 829. Yo Alfonso Rey confirmo mi donación juntamente con Ramiro, Sancho, Suero, Braudila presbítero, Ascario abad y Brelando».*

### PRIMERA BASÍLICA Y PRIMEROS PEREGRINOS

Hizo Alfonso II construir una iglesia sobre el sepulcro del Apóstol y no lejos de ella otra dedicada a San Juan Bautista; finalmente, otra, «*ante ipsa sancta altaria*», «ante los mismos santos altares», que sería el origen del monasterio de Antealtares, que quedó encomendada al abad Ildelfredo quien con doce monjes, se había de encargar «*de cantar los divinos oficios ante el cuerpo del Apóstol y de celebrar misas asiduamente*».

En el año 858, Ordoño I (850-866) concedió al santuario compostelano otras tres millas de terreno, que, sumadas a las concedidas por Alfonso II, elevaban a seis millas el territorio propiedad del templo. Tan pronto como subió al trono, Alfonso III (866-910), que había nacido en Santiago, derribó la iglesia original levantada por Alfonso II y, según la crónica de Sampiro, siglo X, hizo construir otra «*de gran hermosura, con piedras sillares y columnas de mármol dotadas de bases del mismo material*»<sup>16</sup>. Para el año 874 ya estaba concluida la basílica, pues en dicho año Alfonso III donaba a la nueva iglesia una cruz de oro, semejante a la Cruz de los Angeles que Alfonso II había regalado a la iglesia de San Salvador de Oviedo. La cruz de Alfonso III permaneció durante siglos en Santiago, hasta que, en 1906, desapareció<sup>17</sup>:

El 25 de julio del año 893, Alfonso III y su esposa Jimena hacen donación al Apóstol de la iglesia de Arcos, junto al río Tea, con todas sus posesiones, diciendo: «*lo ofrecemos todo a gloria vuestra y para alimento de los monjes que viven en el lugar a vos consagrado, y para el sustento de los pobres y peregrinos que allí vayan*». Termina la ofrenda pidiendo al santo en compensación «*el que nos conce-*

<sup>16</sup> El Cronicón de Sampiro, en *España Sagrada*, Tomo 14, p. 439.

<sup>17</sup> En la *Historia* de López Ferreiro, puede verse la descripción de la cruz y leerse la inscripción que tenía, que traducida rezaba: «*En honor de Santiago la ofrecen Alfonso, rey, y Jimena, reina. Fue concluida en el año 874*». Y termina con una frase muy adecuada para grabar en una cruz de regalo a una persona querida: «*Hoc signo vincitur inimicus. Hoc signo tuetur pius*», «Con esta señal se vence al enemigo. Con esta señal es protegido el bueno».

*das en este mundo la victoria sobre nuestros enemigos», petición que se renueva en el documento de 25 de noviembre del año 895, en el que los mismos reyes donan a Santiago unas propiedades en El Bierzo «para sustento de los religiosos hermanos en su santa vida y de los peregrinos que allí acuden».*

Por las referencias de estos dos documentos queda claro que desde los primeros momentos, tras el hallazgo del cuerpo de Santiago, se iniciaron las peregrinaciones hacia su sepulcro y desde el primer momento también se inició el interés de los reyes por subvenir a las necesidades de los peregrinos.

Resulta sorprendente el comprobar cómo la noticia del hallazgo del cuerpo de Santiago en un remoto rincón de España, literalmente en el *fin de la tierra*, se propagó con tanta rapidez y dio lugar a un flujo de peregrinos que sigue vivo aún hoy día. Un texto, el *Martirologio de Adón*, compuesto antes del año 860, incluía ya la siguiente noticia al referirse al Apóstol Santiago: «*Los sagrados huesos de este bienaventurado apóstol, trasladados a las Españas y colocados en los últimos fines de ellas ... son venerados por aquellas gentes con celeberrima devoción*». Esta noticia pasó a Martirologios posteriores y con ellos, copiados en los escritorios de todos los monasterios, pasó a la cristiandad entera.

En el siglo X, Fulberto de Chartres<sup>18</sup> componía su Himno en honor de Santiago en el que vemos el reflejo de cómo aquella cristiandad se puso en camino hacia Compostela:

Cante el coro celestial,  
Regocíjese el pueblo fiel;  
Suene ahora la perpetua  
Gloria de los apóstoles  
En el coro de los cuales, Santiago  
Brilla como el primer apóstol,  
Pues a través de la espada de Herodes,  
Fue el primero en conquistar el trono.  
Este es Santiago el de Zebedeo,  
Llamado el Mayor y santo,  
El que realiza en Galicia  
Milagros a millares,  
A cuyo templo espléndido  
Desde todos los climas del mundo  
Acuden todos los pueblos  
Narrando las glorias del Señor.  
Armenios, griegos, apulios,  
**Anglios**, galos, dacios, frisios,

---

<sup>18</sup> Fulberto de Chartres, nacido en Roma a mediados del siglo X, fue canciller de la escuela catedralicia de Chartres, antes de llegar a obispo de la ciudad, y el primero de una larga lista de humanistas y platonistas que ilustraron en el medievo dicha escuela.

Todas las gentes, lenguas y tribus  
Van allí con regalos.  
¡Que el celo del Padre y el Hijo  
y el Espíritu Paráclito  
inunde nuestras entrañas  
por las preces de Santiago! Amén.

Ya en los años novecientos llegaban, pues, a Compostela gentes de todos los rincones del mundo cristiano, y, desde luego, vemos que venían entre ellos los anglos, e incluso algunos tan alejados como los armenios, que, según su tradición, habían sido evangelizados también por Santiago, que levantaron en honor del Apóstol una basílica en Jerusalén en el lugar en que había sido martirizado y que construyeron también en Compostela un hospital para peregrinos.

La inmensa mayoría de estos peregrinos eran gentes anónimas, que se iban incrementando de manera espontánea sujetas a un proceso de peculiar psicología colectiva que las impulsaba a emprender un camino tan lleno de dificultades y en el que muchos dejaron la vida, como certifican los numerosos cementerios de peregrinos que jalonaban el Camino de Santiago. La primera noticia de un peregrino extranjero de relieve se refiere a Gotescalco, obispo de Puy, centro de los caminos que, desde el norte de Alemania y atravesando la Lorena, Borgoña y el Delfinado, buscaban desde el Puy los pasos pirenaicos de Somport o Roncesvalles. La noticia y las peculiaridades de la peregrinación de Gotescalco han llegado a nosotros por casualidad, ya que el obispo del Puy había encargado a los monjes del monasterio de Albelda, situado cerca de Logroño a orillas del río Iregua y que constituyó uno de los focos más importantes de la cultura mozárabe, había encargado, digo, una copia del *Tratado sobre la Virginitad de María*, de San Ildefonso de Toledo. Pues bien, este manuscrito albeldense se conserva en la Biblioteca Nacional de París<sup>19</sup> y en el prólogo que escribió el copista podemos leer: «Yo, Gómez, aunque indigno, perteneciente a la orden de los presbíteros, haciendo vida regular en las fronteras de Pamplona, en el monasterio albeldense, dentro del recinto sagrado que guarda las reliquias del santo y beatísimo Martín, obispo, bajo el régimen del benéfico abad Dulcidio, entre los ejércitos de siervos de Cristo, de casi doscientos monjes, forzado por el obispo Gotescalco, que por motivo de oración, saliendo de la región de Aquitania, con una gran devoción y acompañado de una gran comitiva, se dirigía a los confines de Galicia para implorar humildemente la misericordia de Dios y el sufragio del Apóstol Santiago, escribí de buen ánimo el pequeño libro publicado hace tiempo por San Ildefonso, obispo de la sede toledana, en el que se contiene la alabanza de la virginitad de Santa María siempre virgen y madre de Jesucristo Nuestro Señor... Llevó este libro el obispo Gotescalco desde España a Aquitania en el tiempo de invierno, precisamente en el mes de enero, corriendo felizmente la era de 988» (año 951).

Por estos años, los obispos compostelanos comienzan a utilizar el título de «Obispo de la Sede Apostólica», título que se aplica ya a San Rosendo en el año 974.

---

<sup>19</sup> Fondos Latinos, número 2.855.

La fama de Compostela constituía un apoyo más para las pretensiones imperiales del reino de León que se veía como heredero y continuador del reino visigótico derrotado en el Guadalete en 711, y así Ordoño III (951-956) aplicaba a Sisnando, obispo de Compostela, el título de «*obispo de nuestro Patrón y soberano de todo el mundo*», con lo que confirmaba también la primitiva idea del patronazgo de Santiago.

Y aquel Sisnado, «*soberano de todo el mundo*», obispo y guerrero, murió defendiendo el santuario de Compostela frente al ataque de los normandos, que entre 859 y 862, realizaron diversas expediciones contra el norte de España y Portugal, llegando hasta las Baleares, la Provenza y la Toscana, siempre con sus características de saqueo, pillaje y destrucción. Pero, tras este riesgo, aún amenazaba a la Basílica una catástrofe mayor, pues, a partir del año 981 van a comenzar los temibles ataques de Almanzor contra los reinos cristianos. En el año 983, demolerá el castillo de Simancas; el 7 de julio del 985 asalta Barcelona, incendia la ciudad, y sus habitantes mueren o son reducidos a cautividad, mientras el monasterio de San Cugat es saqueado y arruinado. En el año 988, son Zamora y León, junto con los grandes monasterios de la región, los destruidos y, finalmente, en el verano del 977, invade Galicia y el día 11 de agosto llega a Compostela, destruye la ciudad y arruina sus templos, respetando, sin embargo, el sepulcro del Apóstol, ante el cual velaba un único monje anciano. A su regreso hizo llevar a hombros de cautivos cristianos las campanas de Santiago para hacerlas servir de lámparas en la mezquita de Córdoba, donde habían de permanecer hasta que, el 29 de junio de 1236, el rey Fernando III el Santo reconquistó Córdoba y ordenó que regresaran a Santiago las campanas, esta vez a hombros de moros.

La destrucción de Compostela, con su profundo valor simbólico, tuvo un eco no sólo para el joven reino astur-leónés sino para toda la Cristiandad que veía estos horrores como anticipos y heraldos de las temidas catástrofes que se esperaban para el año mil.

Sin embargo, según la *Crónica Silense*, a los pocos días de la retirada de los musulmanes, el rey Bermudo II (o Vermudo, como quiere la moderna grafía), «*con la ayuda del Señor, comenzó a resturar, mejorándolo, el propio lugar de Santiago*».

#### SE INSERTA EN LA LEYENDA CARLOMAGNO

Y, entretanto, lentamente, de la leyenda de Santiago va a surgir al otro lado de los Pirineos, desde donde tantos peregrinos acudían a Compostela, otra versión de los hechos enriquecida con raudales de imaginación y que dará lugar a innumerables cantares de gesta y romances que los juglares irán cantando por todas las posadas, los castillos y los atrios de las iglesias del Camino. En el hervor de la fantasía gala se iba a presentar a Carlomagno y a sus caballeros como los héroes conquistadores de Galicia de las manos musulmanas, descubridores del sepulcro de Santiago y aseguradores de la viabilidad del Camino de la peregrinación, no en vano conocido aún hoy día en muchas zonas como Camino Francés.

La principal narración de estas gestas de Carlomagno se encuentra en un

magnífico códice de 225 folios, con escritura del siglo XII, conservado en el Archivo Catedralicio de Compostela y conocido tradicionalmente como *Códice Calixtino* y, en la actualidad, como *Liber Sancti Jacobi*, o *Libro de Santiago*. El nombre de *Códice Calixtino*, se basa en una supuesta atribución de la obra al Papa Calixto II, es decir, Guido de Borgoña, abad de Cluny, quien, el 1.º de febrero de 1119 fue elegido Papa con el nombre de Calixto II. Guido era hermano de Raimundo de Borgoña, conde de Galicia, casado con Doña Urraca, hija de Alfonso VI, con la que tuvo un hijo, el futuro Alfonso VII el Emperador. Ya Alfonso VI había iniciado una intensa política de europeización de su reino y de apoyo al Camino Jacobeo, con la ayuda de los monjes cluniacenses en cuyas manos puso los dos grandes monasterios de San Zoilo de Carrión y de San Facundo en Sahagún (San Facundo, Sanhacundo, Sahagún). Esta política de Alfonso VI recibirá también intenso apoyo por parte de Alfonso VII, y la decidida ayuda del Papa cluniacense Calixto II, quien nada más ser coronado como Papa elevará la sede compostelana a arzobispado. Esta actitud del Papa a favor de Compostela explica la atribución que se le hizo de la autoría del *Códice Calixtino*.

Este Códice contiene multitud de materiales compuestos por diversas personas en distintos lugares y épocas, y que fueron sometidos finalmente a una redacción uniforme.

Consta el Códice de los cinco libros siguientes:

- I. Una colección de sermones y textos litúrgicos referidos al culto de Santiago.
- II. Narración de veintidós milagros atribuidos a Santiago y ocurridos en diversos lugares.
- III. Relato del traslado de las reliquias de Santiago a Compostela.
- IV. Libro atribuido a Turpín, arzobispo de Reims (749-794), en el que se narran las expediciones de Carlomagno a España.
- V. «El Libro de la Peregrinación», que constituye la primera guía del Camino de Santiago, escrito muy probablemente por Aymeric Picaud, quien pudo acaso ser también el compilador de los otros cuatro libros del Códice.

Es ahora el libro del Pseudo-Turpín el que nos interesa, pues en él se contiene la visión francesa del papel de Carlomagno como paladín del sepulcro y del Camino de Santiago. El título del libro es *Historia Karoli Magni et Rotholandi, Historia de Carlomagno y de Rolando*, obra con toda probabilidad de algún anónimo clérigo francés que conocía bien los caminos de Santiago y, desde luego, las canciones de gesta francesas en especial la *Chanson de Roland*. Con el fin de dar mayor autoridad a su obra, la presenta como creación del arzobispo Turpín, quien hallándose «en Vienne, algo enfermo por las cicatrices de las heridas» (no olvidemos que aquellos obispos medievales eran también guerreros), decide narrar a su amigo Leopandro, deán de Aquisgrán, las aventuras que había vivido a lo largo de catorce años al lado de Carlomagno, luchando contra los musulmanes y librando de su opresión «a la tierra de España y de Galicia».

Comienza la narración refiriéndose al hecho de que Santiago había predicado en Galicia sin conseguir grandes frutos, y desde allí había regresado a Jerusalén



donde fue martirizado y desde donde sus discípulos regresaron con su cuerpo a Galicia. Mas, con el paso del tiempo, el paganismo se había vuelto a afianzar en Galicia, y se llegó a perder la idea del sepulcro de Santiago. Pero, el Apóstol, siempre preocupado por la evangelización de España, hizo que una y otra noche soñara el emperador Carlomagno con el camino de estrellas que, desde el norte de Alemania atravesaba Francia y llegaba hasta España y el fin del mundo. Y así,

*«...vio muchas noches el portento y no lo comprendió. Se le apareció por fin un hermoso caballero, y, cuando el emperador le preguntó ‘Señor, ¿quién sois?’, él contestó: ‘Soy Santiago, el Apóstol, siervo de Cristo, el hijo de Zebedeo, el hermano de Juan Evangelista, elegido por la gracia de Dios para predicar su fe, y a quien Herodes cortó la cabeza. Atiende: mi cuerpo se halla en Galicia, pero nadie lo sabe y los sarracenos oprimen el país. Por eso, Dios te ha designado para que reconquistes el camino que conduce hasta mi tumba y la tierra en que yo descanso. La Vía de Estrellas que has visto en el firmamento significa que habrás de ir hasta Galicia a la cabeza de un gran ejército y que, tras de ti, todos los pueblos irán en peregrinación hasta el final de los siglos. Ve, que yo te ayudaré, y, en recompensa de tus trabajos, conseguiré de Dios para ti la gloria celestial y tu nombre perdurará en la memoria de los hombres mientras durare el mundo’».*

Y así fue cómo, tras esta visión, Carlomagno reunió a sus guerreros y penetró en España en la primera de tres incursiones. Pamplona se hizo fuerte durante tres meses, pero, al cabo de ellos, Carlomagno imploró a Santiago y las murallas de la ciudad se desplomaron como habían hecho las de Jericó ante los ejércitos de Israel (Josué, VI, 20-27). Ante el milagro, los sarracenos se aterrorizan y Carlomagno no tiene más dificultades para llegar hasta el sepulcro de Santiago y, tras visitarlo, llega hasta Padrón, y allí clava su lanza en el mar, mientras Turpín se dedica a cristianizar al pueblo. Carlomagno enriquece después la basílica de Compostela gracias al botín tomado a los infieles y, tras permanecer allí tres años, regresa a Francia fundando con el oro sobrante iglesias dedicadas a Santiago en Bézières, Toulouse, Sorde y París.

La segunda entrada de Carlomagno en España tiene como motivo el luchar contra un nuevo y poderoso rey llegado de Africa, llamado Aigolando. La gran batalla se dará junto al río Cea, al norte de León, y, antes de ella, las lanzas de los guerreros que habían de morir en el combate, clavadas en el suelo, reverdecen como los chopos que todavía hoy se balancean a la orilla del río. En el lugar de la batalla, funda Carlomagno una basílica dedicada a los santos Facundo y Primitivo. Vencido Aigolando, se refugia en León, pero todavía seguirá a los francos hasta Aquitania, para ser nuevamente derrotado en Agen y Saintes y tener que retirarse y refugiarse en Pamplona.

Y una tercera vez ha de volver el emperador a España, en esta ocasión con un ejército de ciento treinta mil hombres, que incluye la flor y nata de los grandes héroes de las canciones de gesta. Sitia el ejército a Pamplona y, tras una tregua que permite una discusión teológica entre Carlomagno y Aigolando, éste es definitivamente derrotado y muerto. Llegan entonces noticias *«de que ha llegado junto a Nájera un gigante de nombre Ferragut, de la estirpe de Goliat ... que no teme a la*

lanza ni a la flecha y que tiene la fuerza de cuarenta hombres». Seguirán los francos a Nájera y ante sus muros caerán vencidos por Ferragut unos tras otros los caballeros cristianos hasta que sale al campo Roldán con su espada Durandarte. En la pelea, perderá Roldán la espada y, cuando el gigante se dispone a aplastarle con el peso de su cuerpo alza Roldán su puñal y se lo clava a Ferragut en el ombligo, que era su único punto vulnerable. En el camino de Santiago, junto a Nájera, perdura un pequeño montículo, el «Poyo de Roldán», el lugar tradicional de la lucha entre Roldán y Ferragut. Lucha recordada también en un capitel del antiguo palacio de los reyes de Navarra en Estella, en otro capitel de la portada del que fue hospital de peregrinos en Navarrete y en una de las preciosas vidrieras del siglo XIII de la Catedral de Chartres.

Y cuando el Emperador se dispone a regresar a Francia, Marsilio y Beligando, reyes de Zaragoza, planean una emboscada en Roncesvalles, y aquí adquiere el relato el carácter de una narración de vidas de santos. Cae Rolando con los brazos en cruz proclamando su fe y los cuerpos de los caídos en Roncesvalles van siendo depositados como mártires en santuarios del Camino en Francia: en Belin, Burdeos, Blaye y Arlés.

Con la descripción de la decoración del palacio de Aquisgrán con pinturas que narran las guerras de España, se va acercando el final de Carlomagno. Al morir el Emperador, Turpín tiene una visión en la que contempla cómo «un gallego sin cabeza» pone en el platillo de la justicia divina las piedras y las vigas de las iglesias construidas en su honor por Carlomagno y este platillo vence con su peso al de las malas acciones del Emperador. Muere poco después Turpín y, a partir de ese momento concluye la narración el Papa Calixto II, quien decide que tanto Turpín como los demás héroes de Roncesvalles han de recibir el título de mártires y señala como su fiesta el día 30 de junio, aniversario de la batalla.

Y hasta aquí el breve resumen del Libro IV del *Liber Sancti Jacobi*<sup>20</sup> con su referencia a hechos que tanto eco iban a tener en las canciones de gesta. No tardaremos en escuchar a un juglar normando cantando las glorias de Carlomagno en el campo de batalla de Hastings.

---

<sup>20</sup> Mucho se ha escrito sobre los orígenes, fuentes y posibles autores del *Liber*. Puede encontrarse una bibliografía exhaustiva en la reciente reedición de *Las Peregrinaciones a Santiago de Compostela*, de Vázquez de Parga, Lacarra y Uría, Pamplona, 1998.



## HOMBRES DEL NORTE

### LOS NORMANDOS

Un grupo de aquellos hombres del norte que, procedentes de Dinamarca y Noruega, y dándose a sí mismos el nombre de «vikings», «guerreros», sembraron de terror a lo largo del siglo noveno las costas de Europa, y frente a los cuales cayó blandiendo su espada el obispo Sisnado de Compostela, terminaron estableciéndose en un trozo de terreno arrebatado al reino de los francos a orillas del Canal de la Mancha, terreno que, del nombre genérico de los invasores, se había de llamar Normandía.

Rou, o Rollon, era el nombre del caudillo de aquellos guerreros, quien, en el año 911 arrancó del rey franco Carlos el Simple el tratado de Saint Clair por el que los invasores conservaban en calidad de feudo la tierra conquistada en torno a la desembocadura del Sena, comprometiéndose a defender esa tierra frente a posibles ataques futuros de otros vikings. En el año 912, Rollon se convertía al cristianismo y su feudo quedaba constituido en condado. Años después, el historiador y poeta Robert Wace recordaría de este modo a Rollon en el francés balbuceante aprendido en la tierra conquistada:

*Rou fu de grant noblece et de moult grant vallor;  
Plusors de ses voisinz le tindrent por seignor.*

*Rou fue de gran nobleza y de muy gran valor;  
Muchos de sus vecinos lo hubieron por señor<sup>21</sup>.*

No tardaron los invasores en adoptar la lengua francesa y en convertirse al cristianismo, utilizando ambas actitudes en la pacificación y dominio de los territorios conquistados. Ya el hijo de Rollon, Guillermo el de la Larga Espada, reconstruyó y dotó la primitiva abadía de *Jumièges* y por toda Normandía se alzaron grandiosas iglesias y abadías como Saint Michel, la Sainte Trinité de Caen, o, en esta

---

<sup>21</sup> Wace, *Roman de Rou*, v. 316-317.

misma ciudad, la abadía de Saint Etienne, cumbre del románico normando, fundada hacia el año 1060 por Guillermo el Conquistador, duque de Normandía y futuro rey de Inglaterra. En 1041, un devoto caballero normando, Herluin de nombre, fundó cerca de Ruán, a las orillas del río Bec, un monasterio benedictino que se convertiría en uno de los principales centros de saber en Normandía; hasta sus claustros llegó Esteban Lanfranco desde su lejana Pavía, tras recorrer Europa como maestro peregrino, y allí llegó a ser abad, y, tras la conquista de Inglaterra, arzobispo de Canterbury. Discípulo suyo en el monasterio de Bec fue el joven lombardo Anselmo que, en el año 1060 ingresó en Bec para llegar a convertirse en el teólogo y filósofo más importante entre San Agustín y Santo Tomás de Aquino, y en sucesor de Lanfranco, primero como abad de Bec en 1078, y luego como arzobispo de Canterbury, donde murió el 21 de abril de 1109<sup>22</sup>.

Aparte de iglesias y monasterios, se alzaban también en Normandía castillos, de madera en un principio, alzados sobre una mota y rodeados de un foso defensivo, y luego de piedra. Habitaban en estos castillos los nobles normandos enfeudados al conde, a quien debían servicio, y dadores a su vez de pequeños feudos a caballeros que les quedaban sometidos. Las guerras eran una actividad continua con el empeño de ampliar los dominios propios, por lo que una de las principales funciones de los duques normandos consistía en intentar mantener la paz en sus estados, a la vez que intentarían ampliarlos a costa de condados y ducados vecinos.

## PAZ PARA LOS CAMINOS

Entretanto, la Iglesia, con hombres como Lanfranco, Anselmo y tantos otros, intentaba suavizar la rudeza de aquellos guerreros, insistiendo en lo nefasto de la

---

<sup>22</sup> Quede aquí el recuerdo de sus dos principales obras, el *Proslogium*, donde explica su argumento ontológico de la existencia de Dios, basándose en el comienzo del Salmos 14: «Dijo el insensato en su corazón: no hay Dios». Para Anselmo, como es sabido, el concepto de Dios es único en tanto en cuanto cualquiera que comprenda el sentido de la pregunta «¿Existe Dios?» verá claramente que la única respuesta posible es «Sí». El argumento de San Anselmo ha merecido la atención de los pensadores a lo largo de la historia. Nada más conocerse el libro, otro teólogo, Gaumilon, escribió su *Respuesta a favor del insensato*; Santo Tomás de Aquino rechazó el argumento; Kant explicó detalladamente su opinión acerca de los fallos de Anselmo; Leibnitz, empero, lo encontraba válido; Julián Marías también le dedicó su atención en su obra *San Anselmo y el insensato*. Es curioso señalar que, en la actualidad, Hartshorne o Anderson, matemáticos especializados en teoría de la probabilidad, defienden la validez de los razonamientos del monje de Bec. Parece tan lejana de nosotros una obra escrita hace más de mil años, exactamente en 1087, en el silencio de un claustro normando. Sin embargo, no puedo evitar el citar siquiera unas líneas del Prefacio del *Proslogium*, que suenan tan hondas y tan intemporales: «Reconozco, Señor, y te doy gracias por haber creado tu imagen en mí, de modo que pueda recordarte, pensar en Ti, y amarte. Pero esta imagen está tan borrosa y confusa por la maldad, está tan oscurecida por el humo de los pecados, que no puede hacer aquello para lo que fue creada, a menos que Tú la renueves y la reformes. No pretendo, Señor, penetrar tu inmensidad ya que no puedo igualar con ella mi capacidad de comprensión, pero ansío entender en lo posible tu verdad que mi corazón cree y ama. Ya que no busco comprender para creer, sino que creo para comprender. Por ello, también, creo que «a menos que crea, no comprenderé (Isaías, 7, 9)».

Recordemos finalmente su obra *Cur Deus Homo?*, ¿Por qué Dios se hizo hombre? en la que expone con asombrosa capacidad de inteligencia la doctrina de la Redención.

guerra, negando sepultura sagrada a los que morían en duelos o en torneos<sup>23</sup>, y tratando de imponer la Paz de Dios y la Tregua de Dios que, al menos, reducía los días en que se podía pelear.

Con motivo de la embajada que el rey de los búlgaros, Bogoris, o Miguel tras su bautismo en 860, envió al Papa Nicolás I en el año 866, pidiéndole respuesta para ciento seis dudas que le proponía, el Papa, a quien llamaba San Atanasio «*hombre celestial y ángel terrestre*», en una de sus *Responsa* decía: «*Las pasiones que producen la guerra, las batallas y el comienzo de todas las disputas se deben sin duda a las fraudulentas insidias del demonio y sólo un hombre ambicioso de poder, o esclavo de la ira, de la envidia o de cualquier otro vicio puede buscar y regocijarse en tales cosas. Por tanto, excepto en casos de necesidad, debéis absteneros de luchar no sólo en Cuaresma sino en todo momento*».

En el año 989, Gumbaldo, arzobispo de Burdeos, en el Sínodo de Charroux, anatematizaba a los que no guardaran la Paz de Dios, y, en 1063, Drogo, obispo de Terouanne, establecía, de acuerdo con el conde Balduino de Haineault, los tiempos y modos específicos de guardar la Tregua de Dios:

«*Queridos hermanos en el Señor, estas son las condiciones que tenéis que observar durante el tiempo de paz al que comunmente se llama Tregua de Dios, que comienza en el atardecer del miércoles y dura hasta el amanecer del lunes:*

1. *Durante esos cuatro días y cinco noches nadie asaltará, herirá o matará a otro; ni atacará, ocupará o destruirá un castillo, burgo o villa por astucia o violencia.*

2. *Si alguien viola esta paz y desobedece estas órdenes nuestras, en castigo será desterrado durante treinta años de nuestro territorio, tras compensar por los daños que haya realizado. Si no lo hiciere, será excomulgado por Dios y excluido de todo trato con cristianos...*

5. *Además, hermanos, deberéis observar la paz con las tierras y con los animales y con todas las cosas que pueden ser poseídas...*

7. *Todos los mercaderes y demás hombres que pasen por vuestro territorio desde otras tierras encontrarán paz entre vosotros...*

8. *Esta paz deberá ser guardada todos los días de la semana desde el comienzo de Adviento (cuatro semanas antes de Navidad) hasta la octava de la Epifanía (ocho días después de la fiesta de Reyes), y desde la octava de Pentecostés...*

---

<sup>23</sup> En el famoso *Paso Honroso*, en el que el caballero leonés Suero de Quiñones se comprometió a romper con diez compañeros hasta trescientas lanzas frente a todos los caballeros que quisieran aceptar el reto, junto al puente sobre el río Órbigo, cerca de León, en el año jubilar de Santiago de 1434, el día seis de agosto se presentó en el puente un caballero catalán que acudía a Santiago y aceptó el reto. Luchó con Suero Gómez y recibió una lanzada que le penetró por el ojo izquierdo causándole la muerte. Pese a todos los intentos de Suero de Quiñones y de sus compañeros, el obispo de León se mostró intransigente y le negó el entierro en tierra sagrada, así que, por la noche, ardiendo muchas antorchas, siendo presentes a lo enterrar, por le honrar, el ya nombrado Suero e todos los más de los caballeros e gentileshomes que en el paso eran defensores, hicieron una fosa a la salida del puente sobre el Órbigo y allí lo enterraron. Y allí sigue Asbert de Claramunt, un hombre tan alto que era maravilla... y muy hermoso, ignorado de los peregrinos que, siglo tras siglo, siguen pasando junto a su olvidada tumba.

10. Si alguien es acusado de violar la paz y niega el cargo, recibirá la comunión y pasará la prueba del hierro<sup>24</sup>. Si se le encuentra culpable, hará penitencia durante siete años en el territorio del obispado<sup>25</sup>.

#### APARECE WALTER GIFFARD EN LA CRUZADA DE BARBASTRO

No sólo intentó la Iglesia imponer la Paz de Dios, e iniciar la idea del caballero andante, cortés y ayudador de desvalidos, sino que pensó también, en canalizar las ansias de lucha hacia un fin positivo que, desde el punto de vista del monje cluniacense Hildebrando, elevado a Papa en 1073 con el nombre de Gregorio VII, y de su antecesor Alejandro II, que reinó de 1061 a 1073, consistía en la lucha contra el Islam, ya peleando por la recuperación de los Santos Lugares, como va a ocurrir a partir de la que se suele considerar como primera Cruzada proclamada por Urbano II, o ya ayudando a los cristianos españoles a recuperar los terrenos de su patria invadidos por la Media Luna. Y así hemos de recordar que la primera Cruzada predicada en Europa, fue anterior en treinta años a la cruzada que proclamaría Urbano II en el Concilio de Clermont, el 27 de noviembre de 1095, afirmando que «a la vista de las conquistas turcas y del colapso bizantino, Occidente debe ser defendido no sólo en las tierras de España, sino también en las playas de Asia». Y esa referencia a las tierras de España evidencia la visión de cruzada que tenía el papado acerca de nuestra Reconquista, visión subrayada por la opinión insistentemente difundida en la época de que España era, propiamente hablando, posesión del Papa, tal y como escribiría Hildebrando (ya Papa Gregorio VII) a los nobles franceses en 1073, instándolos a emprender una nueva cruzada en nuestro suelo: «No se os oculta que el reino de España fue desde antiguo de la jurisdicción propia de San Pedro, y aunque ocupado tanto tiempo por los paganos, pertenece todavía por ley de justicia a la Sede Apostólica solamente, y no a otro mortal cualquiera»<sup>26</sup>. De la misma opinión era su antecesor Alejandro II, quien llegó a acuñar monedas que llevaban en el anverso su propia efigie con la corona y la tiara, y la leyenda ALEX, y en el reverso una cruz y la leyenda IN SPANIA. Y así, en 1063, organizó la expedición conocida como Cruzada de Barbastro, proclamando la remisión de sus pecados para aquéllos que fueran a luchar contra los moros de España<sup>27</sup>.

La llamada del Papa se extendió por Europa y, en la primavera del año 1064, resonaban por los caminos los cascos de los poderosos caballos de batalla aquitanos, borgoñones, lombardos y normandos; desde Vic llegó con sus guerreros el obispo,

---

<sup>24</sup> Consistente en sostener en las manos una barra de hierro al rojo vivo. Se suponía que Dios no podía permitir que la persona se quemara en el caso de ser inocente. Recordemos el díptico de Dirk Bouts sobre la leyenda del emperador Otón III (980-1002), que se conserva en el Museo de Bruselas, en uno de cuyos paneles se representa este particular Juicio de Dios.

<sup>25</sup> Thatcher y Holmes, pp. 417-18.

<sup>26</sup> Ubierto Arteta, p. 54.

<sup>27</sup> Nótese la equiparación que se hace con esta indulgencia entre *cruzada* y *peregrinación*. De hecho, las peregrinaciones a los lugares santos y las dificultades con que se fueron encontrando fueron uno de los factores que terminaron llevando a la promulgación de las Cruzadas.

y desde Urgel su conde Armengol III. Era entonces Barbastro el principal punto de defensa al norte del reino de Zaragoza frente a los posibles ataques del incipiente reino de Aragón, pequeño territorio en el Pirineo que había sido segregado de Navarra por Sancho el Mayor para cedérselo a su hijo Ramiro con el título de rey, en 1035. Y era Barbastro también ciudad increíblemente próspera, con preclara tradición de estudios coránicos, y cercada por solidísimas murallas. Hacia Barbastro, pues, se dirigió la expedición cristiana, con Guillermo VIII, duque de Aquitania<sup>28</sup>, Guillermo de Montreuil, normando gonfalonero del Papa, al frente de los caballeros italianos, y también numerosos nobles del Ducado de Normandía entre los que se encontraban varios miembros de la familia Crespin o Crispin<sup>29</sup>, y el que más nos interesa a nosotros ahora y que aparece por primera vez en estas líneas, Walter Giffard, o, en nuestra lengua Gualterio Guifardo.

Era nuestro Gualterio señor de Longueville, en las costas de la baja Normandía, a unos treinta kilómetros al norte del famoso santuario de Mont Saint Michel. Había nacido hacia el año 1010, y hacia el año 1030 ó 1031 se desposaba con Inés Flaitel, quien el año 1031 le daba el primero de los tres hijos y cuatro hijas que había de tener el matrimonio. Al proclamarse la Cruzada de Barbastro, estaba ya Walter Giffard curtido en cien batallas, especialmente en la de Mortemer, donde los normandos derrotaron en 1054 a las fuerzas invasoras del rey Enrique I de Francia, y sus cabellos habían encanecido, pero aún así, se puso al frente de sus caballeros, cien nada menos mantenía en su feudo de Longueville, y emprendió el viaje hacia España.

A finales de junio de 1064, los cruzados sitiaban Barbastro, y lo que allí ocurrió será mejor que nos lo cuente un historiador coetáneo, Ibn Hayyán (988-1076):

*«En el año 456 (25 diciembre 1063 a 12 diciembre 1064) el enemigo se apoderó de Barbastro, la fortaleza más importante de la Barbitania, entre Lérida y Zaragoza, las dos columnas de la Frontera Superior. De Barbastro, esta madre venerable, donde el islamismo había florecido después de la conquista de Musa ibn Nusair; que durante siglos había gozado de una prosperidad continuada, que se glorificaba de su fértil territorio y de sus fuertes murallas, que, construida sobre las riberas del Vero, que durante trescientos sesenta años y tres años había estado en poder de los musulmanes, de manera que la religión tenía allí profundas raíces y donde se estudiaba el Corán de una manera continuada. En realidad, cuando un pájaro de mal agüero llegó improvisadamente a Córdoba al comienzo del mes de ramadán del año antedicho (mediados de agosto de 1064), ante la caída de esta ciudad, la noticia hirió nuestros oídos como un trueno. La nueva hizo desvariar los*

---

<sup>28</sup> 1026-1086. Casado primero con Ana de Perigord y, en segundas nupcias con Matilde de la Marche, tuvo de ésta a Inés de Aquitania (1052-1078) que, en se convertiría en esposa de Alfonso VI de Castilla y de León y ejercería gran influencia en la anulación del rito gótico o mozárabe tradicional en España y en la adopción del rito romano, unificador de la liturgia en toda la Europa occidental.

<sup>29</sup> Descendientes de Crispinus, barón de Bec, hijo de Crispina la hija de Rollon, el primer duque de Normandía, y de Grimaldo, príncipe de Mónaco. Aún hoy, muchas de las familias más nobles de Inglaterra se siguen proclamando descendientes del Barón de Bec y, lógicamente, de Rollon.

espíritus e hizo temblar la tierra de España de una punta a la otra. Este triste acontecimiento fue desde entonces el tema exclusivo de conversación, y todo el mundo se imaginaba que, vistos los ánimos de los príncipes y alfaquíes, la misma Córdoba sería prontamente azotada por la misma suerte».

«Contamos ahora la terrible calamidad que azota Barbastro».

«El ejército de gentes del norte sitió largo tiempo esta ciudad y la atacó vigorosamente. El príncipe a quien pertenecía era Yúsuf ibn Sulaimán ibn Hud y la había abandonado a su suerte, de manera que sus habitantes no podían contar más que con sus propias fuerzas. El asedio había durado cuarenta días y los sitiados comenzaron a disputar los escasos víveres que tenían. Los enemigos lo supieron y, redoblando entonces sus esfuerzos, lograron apoderarse del arrabal. Entraron allí alrededor de cinco mil caballeros. Muy desalentados, los sitiados se fortificaron entonces en la misma ciudad. Se produjo un combate encarnizado, en el cual fueron muertos quinientos cristianos. Pero el Todopoderoso quiso que una piedra enorme y muy dura, que se encontraba en un muro de vieja construcción, cayese en un canal subterráneo que había sido fabricado por los antiguos y que llevaba dentro de la ciudad el agua del río. La piedra obstruyó completamente el canal y entonces los soldados de la guarnición, que creyeron morir de sed, ofrecieron rendirse a condición de que se les respetase la vida, abandonando a los enemigos de Dios tanto sus bienes como sus familias. Como así se hizo. Los cristianos violaron su palabra, porque mataron a todos los soldados musulmanes conforme salían de la ciudad, a excepción del jefe Ibn al-Tawil, del cadí Ibn Isa y de un pequeño número de ciudadanos importantes. El botín que hicieron los impíos en Barbastro fue inmenso. Su general en jefe, el comandante de la caballería de Roma, se dice que tuvo para él alrededor de mil quinientos jóvenes y quinientas cargas de muebles, ornamentos, vestidos y tapices. Se cuenta que con esta ocasión fueron muertas o reducidas a cautividad cincuenta mil personas».

Los impíos se establecieron en Barbastro y se fortificaron.

Un número incalculable de mujeres de Barbastro murieron, cuando, dejando la fortaleza donde se morían de sed, se arrojaron sobre el agua y bebieron inmoderadamente. Cayeron muertas en el mismo instante. En general la calamidad que azotó la ciudad fue tanta como terrible, hasta el punto que es imposible describirla o contarla detalladamente. Después de lo que se me ha referido, era frecuente que una mujer pidiese a los impíos, desde lo alto de la muralla, que le diesen un poco de agua para ella o para su hijo. Entonces recibía esta respuesta: «Dame lo que tengas, échame alguna cosa que me plazca; y en este caso te daré de beber». Ella arrojaba al soldado lo que le había prometido de lo que tenía, vestidos, alhajas o dinero, y al mismo tiempo le echaba cualquier cosa o un odre atado a una cuerda, que el soldado llenaba de agua. De esta manera ella aliviaba tanto su sed como la del niño. Pero cuando el general jefe tuvo conocimiento de que esto se hacía así, prohibió a sus soldados que diesen agua a las mujeres de la fortaleza, diciéndoles: «Tened un poco de paciencia, pues pronto los sitiados estarán en vuestro poder». En efecto, los sitiados se vieron forzados a rendirse para no morir de sed, pero obtuvieron el «amán». El jefe, no obstante, se inquietó cuando vio su gran número, y, creyendo que por recobrar la libertad realizarían cualquier acto desesperado, ordenó a sus soldados empuñar sus espadas y aclarar sus filas. Se dice que fueron muertos entonces en torno a los seis mil, Después el jefe hizo detener la matanza y dio a



sus habitantes la orden de salir de la ciudad con sus familiares, siendo obedecido al instante. Pero la muchedumbre fue tal que cerca de la puerta un gran número de ancianos, de mujeres mayores y de niños fueron asfixiados. Queriendo evitar la aglomeración y llegar más rápidamente cerca del agua, muchas personas se dejaron deslizar, por medio de cuerdas, desde lo alto de las almenas de las murallas. Alrededor de setecientas personas notables y bravos guerreros, que preferían más morir de sed que ser degollados, permanecieron en la Alcazaba.

Cuando los que habían escapado a la espada y no habían sido asfixiados en el tropel fueron concentrados sobre la plaza, cerca de la plaza principal, donde ellos esperaban su suerte con una ansiedad cruel, se les anunció que todos los que poseían una casa, volviesen a entrar en la ciudad con sus familiares. Se empleó la misma fuerza para apremiarles, de manera que cuando entraban en la ciudad, sufrían otro tanto como habían sufrido a la salida. Cuando los habitantes habían sido devueltos a sus domicilios con sus familias, los impíos, obedeciendo la orden de su jefe, dividieron todo entre ellos, de acuerdo con normas fijadas de antemano. Cada caballero que recibía una casa en su partida, recibía a su vez todo lo que estaba dentro, las mujeres, los niños, el dinero, etc., y podía hacer del dueño de la casa lo que considerase conveniente. También tomaba todo lo que el dueño le mostraba, y le forzaba por medio de torturas de todo género a entregarle lo que deseaba esconderle. Muchas veces el musulmán moría en medio de estas torturas, lo que era realmente beneficioso, ya que si sobrevivía, había de experimentar dolores todavía más grandes puesto que los impíos por un refinamiento de crueldad, tenían placer en violar las mujeres y las hijas de sus prisioneros delante de ellos. Cargados de hierros, estos desgraciados eran forzados a asistir a estas horribles escenas; ellos derramaban lágrimas y su corazón se destrozaba. En cuanto a las mujeres empleadas en los trabajos domésticos, los caballeros, en el caso de que no les interesasen para sí mismos, las abandonaban a sus pajes y sus criados, con el fin de que hiciesen de ellas lo que quisiesen. Es imposible decir todo lo que los impíos hicieron en Barbastro.

Tres días después de la conquista de la ciudad, los impíos fueron a cercar a los que se encontraban en la parte más alta de la alcazaba. Los cercados, a los que la sed había vuelto casi irreconocibles, se rindieron entonces después de haber recibido el «amán». Fueron en efecto protegidos por los impíos. Pero cuando hubieron abandonado la ciudad para irse a Monzón, la ciudad más próxima entre las que estaban en poder de los musulmanes, los encontraron los caballeros cristianos que no habían asistido al asedio de Barbastro, y que –ignorantes que se les había dado la libertad a estos infelices– los mataron a todos, a excepción de algunos que consiguieron salvarse gracias a la huida. Pero el número de éstos fue muy pequeño. Esta tropa tuvo así un fin deplorable: Dios lo había querido así.

Cuando el jefe de la caballería de Roma se resolvió a abandonar Barbastro y volver a su país, escogió entre las jóvenes hijas musulmanas, las mujeres casadas que se distinguían por su belleza, los mozos y muchachos graciosos, varios millares de personas, que él se llevó con el fin de hacer un presente a su soberano, y dejó en Barbastro una guarnición de mil quinientos caballeros y de dos mil peones».

Más adelante sigue Ibn Hayyán: He aquí lo que me ha escrito uno de mis corresponsales en la frontera:

Después de la conquista de Barbastro, un comerciante judío fue a esta ciudad desgraciada, con el fin de redimir de la cautividad a las hijas de un noble que había escapado a la matanza. Se sabía que estas damas habían caído en la parte de un conde de la guarnición. Ahora bien, he aquí lo que el judío me ha contado: 'Llegado a Barbastro, me hice indicar el lugar donde vivía el conde y allí me dirigí. Habiéndome anunciado, lo encontré vestido con las ropas más ricas del antiguo señor de la casa, y sentado sobre el sofá que este último ocupaba ordinariamente. El sofá y toda la habitación estaba todavía en el mismo estado que tenía cuando el viejo señor había sido forzado a abandonarla; nada había sido cambiado, ni los muebles ni los adornos. Cerca del conde se encontraban muchas bellas jóvenes, que tenían sus cabellos levantados y que le servían. Habiéndome saludado, me preguntó cuál era el motivo de mi visita. Le informé y le dije que estaba autorizado a pagar una suma considerable por cada una de las jóvenes que allí se encontraban. Él sonrió entonces y me dijo en su lengua: 'Vete rápidamente si tú has venido para esto. Yo no quiero vender las jóvenes que están aquí, ni pensarlos. Pero te haré ver los prisioneros que tengo en mi castillo, te mostraré tantos como tú quieras'. Yo no tengo intención –le respondí– de entrar en tu castillo; me encuentro muy bien aquí y sé que, gracias a tu benévola protección, no tengo nada que temer. Dime cuál es el precio que exiges por algunas de las que están aquí; verás que sólo comerciaré contigo. –'¿Qué tienes para ofrecerme?'. –Oro muy puro y tejidos preciosos y raros. –Tú hablas como si yo no tuviese nada'. Después, dirigiéndose a una de sus servidoras con la que yo había hablado, le dijo: 'Maddja (quería decir Bahdja, pero como era extranjero, desfiguraba el nombre de esta manera), muestra a este tunante de judío algunas de las cosas que se encuentran en este cofre'. Así interpelada, la joven sacó del cofre sacos repletos de oro y plata así como una infinidad de joyeros, que ella colocaba delante del cristiano y que eran en cantidad tan enorme que lo ocultaban casi a mis miradas. Aproxima ahora alguno de estos fardos, añadió el conde. Obedeciendo quedé deslumbrado y estupefacto; quedé convencido de que en comparación con estas riquezas, no podía ofrecerle nada que valiese la pena. Tengo tantas cosas –dijo el conde– que no anhelo más; pero supuesto que no tuviese nada, y que se me quisiese dar todo a cambio de esta mi señora, yo no la cedería, te lo juro, porque es la hija del antiguo señor de esta casa, que es un hombre muy considerado entre los suyos. Porque he hecho de ella mi señora, sin contar con que es una rara belleza, y espero que me dará hijos. Sus antepasados hacían lo mismo con nuestras mujeres cuando eran los dueños. La suerte ha cambiado ahora y tú ves que tomamos nuestro desquite'. Después, indicando otra joven que se mantenía a distancia, dijo: 'Ves esta bella mujer, que es un primor? Pues bien, era la cantante favorita de su padre, un libertino, que, cuando se emborrachaba, se divertía escuchando sus cancioncillas. Esto ha durado hasta que nosotros la hemos espabilado', Después, llamando a la joven, le dijo chapurreando el árabe: 'Toma tu laúd y canta a nuestro huésped alguna de tus cancioncillas'. Ella tomó entonces su laúd y se sentó para afinarlo; pero yo veía caer sobre sus mejillas las lágrimas que el cristiano secaba furtivamente. Se puso a cantar seguidamente versos que yo no comprendía y que por consiguiente el cristiano entendía todavía menos; pero lo que tenía de extraño es que este último bebía continuamente mientras ella cantaba, y que él mostraba una gran alegría, como si hubiese comprendido las palabras de la canción que ella cantaba».

«Viéndome frustrado en mis esperanzas, me levanté para marcharme y me iba a ocupar de mis asuntos de comercio; pero mi asombro no conoció punto de límite cuando vi la enorme cantidad de mujeres y de riquezas que se encontraban entre las manos de estas gentes»<sup>30</sup>.

Aunque, evidentemente, las cifras de habitantes y víctimas de Barbastro están exageradas por el historiador árabe, no cabe duda de que el resultado de aquella primera Cruzada no pudo ser más bárbaro y cruel.

### *EL PRIMER PEREGRINO ANGLONORMANDO Y EL CABALLO ESPAÑOL QUE LLEGÓ A HASTINGS*

Y acaso para pedir perdón por aquellas crueldades, Walter Giffard, tras el reparto del botín, emprendió la peregrinación purificadora de Santiago de Compostela.

Tenemos, pues, al primer anglonormando documentado en el Camino, en el verano del año 1064, ya que Barbastro cayó a mediados de julio. Y, en las jornadas de regreso, Walter Giffard llevaba, aparte del botín que le había correspondido, un regalo especial: un hermoso caballo que el rey de Aragón, Sancho Ramírez<sup>31</sup>, bajo cuya soberanía había sido puesta la reconquistada Barbastro, enviaba como regalo y expresión de amistad a Guillermo, el duque de Normandía.

Guillermo, nacido de los amores del duque de Normandía Guillermo el Liberal con Arlette, hija de un curtidor del pueblo de Falaise, había llegado, a pesar de su condición de bastardo, a ser reconocido como duque a la muerte de su padre, con el apoyo del rey de Francia. Cuando Walter Giffard regresa de su peregrinación a Santiago, el interés de William está concentrado en Inglaterra. Ha conseguido que el rey de este país, Eduardo el Confesor, con quien tenía parentesco, y que no tenía descendencia, le prometa nombrarle heredero del trono inglés. Hábilmente también, en un viaje a Normandía de Harold, cabeza de la familia más importante de Inglaterra, consigue que le haga juramento de lealtad y apoyo en su empeño de conseguir el trono inglés.

El cinco de enero de 1066, muere el rey Eduardo el Confesor. Al día siguiente, una asamblea de nobles y prelados elige en Londres como rey a Harold y, el siete de enero, es ungido como rey y recibe del arzobispo la corona, el cetro, y el antiguo símbolo nacional de los sajones: el hacha de guerra. Pero no tardó en llegar de Normandía un mensajero para recordarle el juramento que había hecho «*con su boca y con la mano puesta sobre sagradas reliquias*». Harold alegó que aquel juramento lo había hecho forzado y que no podía ir contra la voluntad de sus súbditos que le

<sup>30</sup> Ubieta Arteta, A. *Historia de Aragón*, Tomo I, pp. 56-59. Amílcar Ediciones, Zaragoza, 1981.

<sup>31</sup> O Ramiro I, si admitimos con Ubieta Arteta que la muerte de Ramiro no tuvo lugar en 1063, sino el 8 de mayo de 1069.



habían entregado la realeza. Aún envió Guillermo otro mensaje que se encontró con la misma respuesta. Entonces publicó el duque de Normandía por toda la cristiandad el perjurio y la mala fe de su rival y proclamó que estaba dispuesto a conseguir con la espada lo que en justicia le pertenecía. Muy hábilmente presentó ante el Papa su reclamación y, tras ser examinada ésta por el Papa y los Cardenales, Roma decidió que Inglaterra pertenecía en justicia al Duque Guillermo, e incluso el Papa bendijo una bandera y se la envió a Guillermo para que la llevara al frente de sus tropas.

Siguieron meses de intensa actividad y preparativos. Mientras el clero de toda Europa predicaba contra el perjuro Harold, los puertos de Normandía, Picardía y Bretaña no cesaban en la preparación de la flota, y numerosos caballeros se encaminaban hacia Normandía ansiosos de salvar sus almas luchando a instancias del Papa, y no menos ansiosos de participar en el botín que había de proporcionar un país entero y que Guillermo prometía repartir con generosidad.

Por su parte, Harold, en previsión del ataque, concentraba sus tropas en el sur de Inglaterra y hacía que sus barcos patrullaran constantemente frente a sus costas. Pero sus previsiones iban a ser alteradas por el inesperado ataque de un tercer pretendiente al trono inglés. El rey Hardrada de Noruega, con una flota de doscientos barcos de guerra y otras trescientas naves auxiliares, desembarcó en el norte de Inglaterra al frente de un poderoso ejército y se apoderó de la ciudad de York. Harold se vio obligado a acudir a defender sus territorios del norte. A marchas forzadas llegó a Yorkshire con su ejército en cuatro días y, el 25 de septiembre de 1066, en el puente de Stamford, cerca de York, tras una terrible batalla, las fuerzas noruegas quedaban destrozadas y el rey Hardrada perecía con toda su nobleza.

Entretanto, el duque Guillermo tenía sus barcos y sus hombres reunidos en Saint Valery, esperando vientos favorables para cruzar el Canal de la Mancha. El hecho de tener los vientos contrarios lo tenía desesperado y estaba haciendo que sus hombres comenzaran a desalentarse, cuando, en realidad, esta contrariedad les resultó una ventaja ya que con el ataque de los noruegos en el norte iba a quedar desguarnecido el sur de Inglaterra. El 28 de septiembre, Guillermo hizo sacar las reliquias de Saint Valery y pasearlas por la playa pidiendo buen viento, y esa misma noche el viento cambió, de modo que, el 29 de septiembre de 1066, con el alba, la flota normanda, empujada por viento del sur comenzó a cruzar el Canal. Iba al frente la nave de Guillermo, llamada la Mora, y, tras ella, casi setecientos barcos, seiscientos noventa y seis exactamente según el historiador Robert Wace. Atracó la flota entre Hastings y Pevensey, desembarcaron los guerreros y fue levantado de inmediato un castillo de madera que habían llevado en piezas para establecer una primera defensa. Al desembarcar el duque, resbaló y cayó hacia delante, quedando apoyado en las manos. Ante el terror de los suyos, que interpretaron la caída como un mal agüero, se levantó ágilmente y gritó: *«Ved, señores míos, por la gloria de Dios, que he tomado posesión de Inglaterra con las dos manos. Ya es mía, y lo que es mío es vuestro.»*

Al llegarle a Harold la noticia del desembarco, emprendió con su ejército, seriamente disminuido tras la batalla de Stanford, otra rápida carrera, esta vez hacia el sur, con el fin de caer por sorpresa sobre Guillermo, mas, al ver la inutilidad de

este intento, se detuvo a unos diez kilómetros de Hastings, en una excelente posición, en lo alto de una colina, y con un espeso bosque protector tras sus líneas.

Resulta interesante subrayar aquí la fuerza que tenían sobre las conductas medievales algunos aspectos de la vida ética o religiosa de la época. Ya el hecho de presentar a Harold como perjuro había favorecido la postura del duque Guillermo, y, justo antes de la batalla, Gurth y Leofwine, hermanos de Harold, intentaron persuadirle para que se ausentara del campo: «*Hermano, le dijeron, no puedes negar que, voluntariamente o por la fuerza, prestaste al duque un juramento sobre los cuerpos de los santos. ¿Por qué arriesgarte en la batalla con un perjurio sobre tu conciencia? Para nosotros, que no hemos jurado nada, ésta es una guerra santa y justa, ya que luchamos por nuestra tierra. Deja que luchemos nosotros en esta batalla, que aquél con quien esté el derecho ése vencerá*».

No quiso Harold hacer caso a sus hermanos, ni tampoco a un monje llamado Hugo Maigrot, a quien envió Guillermo para hacer una última propuesta con el fin de evitar la batalla, propuesta que ofrecía a Harold tres opciones: renunciar al trono a favor de Guillermo; someter la cuestión al arbitrio del Papa, o, finalmente, decidir quién de los dos había de ser rey por medio de un combate singular entre ellos dos. Denegada también esta mediación, la batalla era inevitable.

El sábado 14 de octubre de 1066, tuvo lugar la batalla más famosa de la historia inglesa. Lástima no podernos extender aquí con la movida y brillante descripción de Robert Wace, en la que podemos oír el resonar de trompas y tambores; los terribles golpes de las hachas de guerra sajonas sobre los yelmos y cotas de malla de los normandos; el avance de la caballería de éstos hacia la sólida posición sajona; lo dudoso del combate, y la táctica final de los normandos de lanzar sus flechas no directamente hacia los escudos de los enemigos bien parapetados, sino hacia el cielo para que cayeran luego en lluvia mortal sobre las líneas del adversario; una de aquellas flechas fue decisiva: cayó sobre Harold y se clavó en su ojo derecho destrozándose; aún se arrancó él mismo la flecha antes de derrumbarse sobre su escudo, pero a partir de aquel momento la suerte de la batalla estaba decidida.

Antes de comenzar la lucha, y ello es lo que nos ha hecho llegar hasta el campo de Hastings, el duque Guillermo arengó a su ejército, y es tan curioso recordar que lo hizo, no desde uno de aquellos poderosos caballos de guerra, en los que montaría durante la pelea, sino que hizo que le trajeran el caballo que Walter Giffard le había llevado desde España. En palabras de Wace: «*Entonces el duque pidió su buen caballo –no podía encontrarse otro mejor– el caballo que le había enviado un rey de España en prueba de gran amistad. Era un caballo que no temía a los guerreros ni a las armas cuando su señor lo espoleaba. Fue Walter Giffard quien se lo acercó. El duque extendió su mano, tomó las riendas, puso el pie en el estribo y montó; y el buen caballo piafó, corveteó garbosamente, alzó las manos e hizo cabriolas...*».

Aquí tenemos, pues, en el campo de batalla de Hastings, al caballo que llegó desde Santiago, llevando sobre sí al duque normando que va a cambiar el curso de

la historia. Hasta este caballo se acercará el noble Taillefer para pedir al duque que le permita ser el primer normando que entre en batalla, y así avanzó por la llanura cantando las gestas de Carlomagno, Rolando y Oliveros, mientras el ejército seguía tras él. Y aquí estamos nosotros también, confirmando esta interdiscipliniedad del Camino, que nos ha llevado desde la Filología Inglesa a la Historia Medieval española y europea, o a la Filología Francesa para escuchar aquel francés balbuciente en que escribió Robert Wace y que los normandos impusieron como lengua oficial en el país conquistado para terminar transformando por completo la lengua anglosajona y convertirla, a través de un proceso de fusión de cuatro siglos en el inglés de Chaucer, de Shakespeare o Ben Jonson; de Lord Byron, de Shelley, de Rossetti y Thomas Hardy.

### PRIMEROS PEREGRINOS ANGLOSAJONES. SAN GODERICO.

En medio de guerras, cruzadas y avatares en los inicios del segundo milenio, el fluir de peregrinos no cesó de incrementarse. Los dos primeros peregrinos anglosajones de quienes tenemos noticia, llegaron a Santiago hacia las mismas fechas, a comienzos del siglo doce. Uno de ellos fue Ansgot de Burwell, quien en carta al obispo Roberto de Lincoln, que ocupa su obispado de 1093 a 1123, le manifiesta su deseo de fundar en Burwell un priorato independiente de la abadía francesa de Sauve-Majeure, en agradecimiento por la extrema caridad y el cariño con que había sido recibido junto con su séquito en dicha abadía a su regreso de Compostela: «*Sciatis quod ego Ansgotus rediens de Sancto Jacobo, per sanctam et religiosam domum Silvae Majoris, propter nimiam caritatem et dilectionem quam mihi et meis caritative exhibebant*»<sup>32</sup>.

En realidad, tengo mis dudas acerca de si Ansgot de Burwell puede ser considerado como anglosajón. Sí viene desde Inglaterra, pero me inclino a creer que se trate de uno de los caballeros normandos que acompañaron a Guillermo el Conquistador en Hastings y luego recibieron en recompensa las tierras de los desposeídos sajones. En la iglesia de Dives-sur-Mer, en Normandía, donde Guillermo y sus caballeros oyeron misa antes de embarcar, existe una placa en la que se grabaron los nombres de los caballeros que acompañaron a Guillermo. Entre ellos aún puede leerse el nombre de un Anscot, que bien pudo, tras la invasión adoptar el sobrenombre del lugar que le correspondió en el reparto, Burwell.

Quien sí puede ser considerado como el primer anglosajón peregrino a Santiago cuyo nombre ha llegado hasta nosotros se llamaba Goderico, o Godric, y al final de su vida consiguió llegar a los altares. Había nacido en el norte de Inglaterra, en Walpole, de familia muy humilde hacia el año 1065. Un monje de Durham nos dejó la relación de su vida y por ella sabemos cómo desde pequeño comenzó a ejercitarse en la práctica del comercio, comprando y vendiendo pequeñas mercancías, de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, de feria en feria, progresando rápidamente

---

<sup>32</sup> Parga, I, p. 51.

en su oficio de mercader hasta llegar a asociarse a otros mercaderes, adquirir su propia nave y comerciar con Escocia por el norte y con Francia, España e Italia por el sur. En sus viajes a Escocia solía detenerse en la isla de Lindisfarne, en cuyo monasterio había sido prior San Cuzberto, o Cuthbert, fallecido en el año 687, y cuyo sepulcro era un manantial incesante de milagros. Allí, al cabo de casi veinte años de vida de comerciante, se sintió Goderic llamado a una vida de mayor perfección, distribuyó todos sus bienes entre los pobres, peregrinó a Jerusalén y a Compostela, y se convirtió en ermitaño en un retirado lugar llamado Finchale, cerca de Durham, donde vivió hasta 1170, y ciento cinco de su edad. Otros ermitaños siguieron en Finchale hasta que, en 1196 fue convertido en priorato dependiente de la catedral de Durham. Tras la disolución de monasterios de Enrique VIII, Finchale se convirtió en ruinas y, entre ellas sigue descansando solitario San Goderico en aquel romántico lugar que le había sido señalado por un ángel tras su conversión.

A partir del siglo doce las referencias a peregrinos ingleses a Santiago se van a incrementar incesantemente. Recordemos que San Goderico fue gran viajero y comerciante, propietario de naves, y, como nos dice su coetáneo primer biógrafo, «*se vio en innumerables peligros en el mar, aunque, por la gracia de Dios, nunca naufragó; ya que el que sostuvo a San Pedro para que caminara sobre las aguas, con su mismo brazo fuerte libró a su escogido de todos esos peligros*»; así pues, antes de referirnos a algunos de los más conocidos peregrinos, recordemos brevemente cómo realizaban su viaje. Éste tenía que comenzar, naturalmente, por el mar, y ello con varios destinos principales.

Comenzaban algunos peregrinos desde algún puerto del sur de Inglaterra directamente hacia el norte de Francia. En este país, ya describía Aymery Picaud en el siglo XII los caminos principales que se dirigían hacia Santiago: la *Vía Tolosana*, así llamada porque pasaba por Tolosa, donde se encontraba la gran basílica de peregrinación de San Saturnino, y por donde pasaban los peregrinos provenientes de Provenza, Italia, Grecia y el este del mediterráneo. La *Vía Podiensis*, a la que daba su nombre el santuario de Nuestra Señora del Puy, que constituía el camino lógico de borgoñones y alemanes. La *Vía Lemosina*, que tomaba su nombre de Limoges y que comenzaba en Vézelay, donde, según Aymery, «*se podía venerar piadosamente el sagrado cuerpo de Santa María Magdalena*», y que atravesaba el centro de Francia en dirección suroeste. Y, finalmente, la *Vía Turonensis*, que tomaba su nombre de Tours y que conectaba por el norte con París, Amiens, Saint Omer, Rheims y Lieja.

Esta última *Vía Turonensis* era la que, lógicamente, habían de tomar los peregrinos ingleses tras cruzar el Canal. Ya en 1201, encontramos a Philip de Poitiers, obispo de Durham, visitando el santuario de St. Jean d'Angély en Poitiers, en su peregrinación a Santiago<sup>33</sup>.

Otros peregrinos ingleses navegaban hasta Burdeos y desde allí se incorporaban al camino tradicional. Recordemos que desde el matrimonio de Leonor de

---

<sup>33</sup> *Chronicle of Roger de Hoveden*, Storrs, p. 92.

Aquitania con Enrique II de Inglaterra, toda la zona occidental de Francia se encontraba bajo el dominio de la corona inglesa.

### *CRUZADOS INGLESES A SANTIAGO*

Otros grupos iban por mar directamente hacia La Coruña y desde allí caminaban a Santiago. Así, en mayo de 1147, una escuadra de más de ciento sesenta barcos se disponía, desde el puerto de Dartmouth, a unirse a la segunda Cruzada, proclamada por el Papa Eugenio III en 1145, apoyada por Luis VII de Francia, y predicada por San Bernardo de Vézelay en la Pascua de 1146. Los cruzados ingleses eran principalmente anglonormandos, pero había también hombres de Norfolk, Suffolk, Londres y Kent, y hasta algunos escoceses. La flota zarpó de Dartmouth el 23 de mayo, y, tras encontrarse con una tempestad que dispersó las naves, no consiguieron llegar al Santuario del Apóstol hasta el día de Pentecostés, que aquel año de 1147 fue el ocho de junio. Tras volver a embarcar, se dirigieron a Oporto y se ofrecieron para ayudar al rey de Portugal Alfonso Henriques en la conquista de Lisboa, iniciando la estrecha colaboración entre Inglaterra y Portugal que ha seguido durante siglos. Varios de los Cruzados ingleses se establecieron definitivamente en Lisboa tras un acuerdo con Alfonso Henriques y, de hecho, el primer obispo de Lisboa fue un inglés, Gilbert of Hastings<sup>34</sup>. Con el incremento de las relaciones comerciales entre Inglaterra y Portugal, se abrió un nuevo modo de peregrinar a Santiago, consistente en navegar directamente hasta Lisboa aprovechando los barcos mercantes, y caminar luego hacia el norte a través de todo Portugal hasta Compostela.

### *BARCOS Y PEREGRINOS*

Los barcos en que viajaban aquellos peregrinos no podían ser más incómodos o peligrosos. Se trataba de las típicas cocas o urcas medievales, de un solo mástil y con alcázar en la popa y en la proa, de unas 100 ó 120 toneladas, de casco ancho y profundo y un solo mástil central. Los viajeros disponían de un espacio de dos metros de largo por medio de ancho, y dormían (si podían) con la cabeza hacia el costado del barco y los pies hacia el centro, con lo que quedaba en medio un pasillo de aproximadamente medio metro. La mayoría de los relatos de tales travesías en una bodega sin luz ni ventilación, con personas mareadas y a veces aterrorizadas. En el siglo XV, las urcas fueron substituídas por naves de tipo mediterráneo como la carraca y la carabela, con tres mástiles y algo más de amplitud y seguridad.

Innumerables fueron los ingleses que por uno u otro de todos estos caminos, llegaron hasta Santiago. Diversos reyes ingleses manifestaron en distintas ocasiones su deseo de peregrinar a Santiago, pero la peregrinación no se llegó a materializar finalmente en ningún caso. Henry II prometió en Avranches hacer una peregrinación

---

<sup>34</sup> Vide: *De Expugnatione Lixbonnensi*, C.W. David, Columbia University Press, 1936.



expiatoria a Compostela, e incluso requirió de Fernando II de León un salvoconducto, mas no llegó a cumplir con su promesa<sup>35</sup>. Ricardo I se convirtió en defensor de los peregrinos a Santiago en dos ocasiones; en primer lugar, en 1177, cuando, cerca de Roncesvalles, obligó a vascos y navarros a firmar el acuerdo de cesar en sus contiendas particulares que estorbaban el paso de los peregrinos. Y, posteriormente, en 1190, cuando puso sitio al castillo de William Chisi, un noble gascón, capturó la fortaleza y mandó ahorcar al noble por haber robado a los peregrinos que atravesaban sus tierras. El piadoso Henry III deseó realizar la peregrinación y, al no poder hacerlo, prometió enviar en su lugar a su hijo y heredero Eduardo; éste vino a Castilla para celebrar sus esponsales con Leonor, hija de Alfonso X el Sabio, pero no hay constancia de que acudiera a Santiago, aunque sí la hay de que, al final de su reinado, Eduardo I envió a un representante para que hiciera la peregrinación en su lugar. Eduardo III, en carta a Alfonso XI, se refería a la posibilidad de su peregrinación, y agradecía al rey castellano su promesa de un salvoconducto para el caso de que se decidiera a venir a Compostela. Ricardo II, durante cuyo reinado se concedieron tantos permisos de navegación para peregrinos, confesaba en uno de ellos, en 1390, su especial devoción a Santiago, «*Ob specialem devotionem quam ad beatum Apostolum sanctum Jacobum gerimus et habemus*»<sup>36</sup>.

Si no llegaron a venir reyes ingleses, a pesar de su deseo, sí acudieron a Santiago numerosos grandes señores, obispos y abades, e innumerables peregrinos anónimos. Y así, por nombrar a algunos, en 1135, peregrina a Santiago el hermano del rey Stephen, Henry de Blois, obispo de Winchester y abad de Glastonbury, buen conocedor de los clásicos y devoto cluniacense; en 1168, la peregrinación de Patrick, conde de Salisbury, acabó en tragedia, ya que en su viaje de regreso fue asesinado por Guido de Lusignan; en 1173, peregrina a Santiago el conde de Chester; en 1201, el obispo de Durham, Philip de Poitiers, que había sido Canciller de Ricardo I y había acompañado al rey en la Cruzada; en 1121, el obispo de Winchester; el año siguiente, el arzobispo de York Walter de Grey, también Canciller y regente de Enrique III; en 1223, el conde de Varenne; en 1237, Humprey Bohun, marqués de Essex; en 1248, el prior de Ipswich; en 1267, el arzobispo de Worcester, Godfrey Giffard, hermano del arzobispo de York, y descendiente de nuestro viejo conocido Walter Giffard, el anglonormando que participó en la Cruzada de Barbastro; en 1283, el rector de la parroquia de Hamme, ha de peregrinar en cumplimiento de la penitencia impuesta por su obispo; en 1316, llega el abad de Thorney, William Clopton; en 1318, Reginald Wace, lo que nos confirma el afincamiento en Inglaterra del apellido del historiador de la batalla de Hastings; en 1329, Felicia Somerville; en 1344, Margarita, condesa de Hereford y Essex; en 1345, John Sheppey, prior de Rochester, importante administrador en la corte de Eduardo III, quien lo envió como embajador ante el Papa Clemente VI, y que llegó a obispo de Rochester en 1353; en 1358, peregrina James, hijo del conde de Gloucester, aprovechando una misión diplomática que le había encomendado el Príncipe Negro.

---

<sup>35</sup> *Chronicle of the Reigns of Henry II and Richard I*, ed. W. Stubbs, Londres, 1867, citado por Storrs, p. 131.

<sup>36</sup> Storrs, p. 132.

Capítulo aparte merece la peregrinación a Santiago de Juan de Gante, duque de Láncaster, en 1386. En dicho año, zarpaba de los puertos ingleses rumbo a Galicia, una poderosa flota de cien naves, con un tonelaje total de unas 14.000 toneladas, con barcos como el gran *Mary* de Londres, de 320 toneladas, hasta el *Santiago* de Poole, de ochenta toneladas<sup>37</sup>. Los vientos que hinchaban las velas de aquellas naves habían comenzado a soplar muchos años antes. Por una parte, desde aquella dilatada contienda que se llamó la Guerra de los Cien Años, que tuvo enfrentadas a Francia e Inglaterra de 1337 a 1453, a lo largo de los reinados de cinco reyes ingleses (Eduardo III a Enrique V) y de cinco reyes franceses (Felipe VI a Carlos VII), y que, tras famosas batallas como Crécy, Poitiers, Agincourt y Orleans, terminó dejando a Francia devastada y a Inglaterra privada de sus posesiones de Normandía, Bretaña, Poitou, Aquitania y Gascuña, es decir, de todo el tercio occidental francés.

Y por otro lado, también habían comenzado a soplar desde el sur otros vientos; vientos de celos, de rencillas, de rencores, de odios, crueldades y muertes violentas. El 30 de agosto de 1334, la reina Doña María de Portugal, esposa de nuestro Alfonso XI, proclamado rey en Valladolid nueve años antes, daba a luz en Burgos a su hijo Pedro, el futuro Pedro I de Castilla. Entretanto, y por las mismas fechas, la amante del rey, Doña Leonor de Guzmán, traía al mundo en Sevilla a Enrique, uno de los nueve hijos que proporcionó al vencedor de la Batalla del Salado<sup>38</sup>. Enrique fue adoptado por el asturiano Don Rodrigo Alvarez, conde de Gijón y de Trastámara, y este último condado daría a Enrique el nombre, con el que ha pasado a la historia, de Enrique de Trastámara.

A la muerte de Alfonso XI en 1349, víctima de la peste mientras sitiaba a Gibraltar, subió al trono Pedro I, con sólo dieciséis años, a quien su madre se apresuró a desposar con la desdichada Blanca de Borbón<sup>39</sup>. Se celebraron las bodas aquí en Valladolid, el 25 de febrero de 1353. Llevaba las riendas del caballo blanco de Don Pedro su hermano bastardo Enrique de Trastámara, a quien ya había tenido que perdonar dos años antes una rebelión desde sus tierras de Asturias. Precisamente, cuando iba Don Pedro hacia Asturias para sofocar esta rebelión, le había sido presentada en Sahagún la bellísima Dña. María de Padilla que se había de convertir en el gran amor de su vida.

No podemos detenernos ahora en las luchas entre el rey y su hermano, pero sí apuntar el hecho de que, tanto Inglaterra como Francia, enzarzadas en su Guerra de los Cien Años, deseaban tener de su lado a Castilla y especialmente a la magnífica flota castellana que había conseguido organizar Alfonso XI. Y así, Enrique de

---

<sup>37</sup> Tate, B.; p. 173.

<sup>38</sup> La bella Leonor, joven viuda de Don Juan de Velasco, considerada como la mujer más hermosa del reino, sufriría, tras la muerte de Alfonso XI, las iras de Dña. María de Portugal, quien la encerró en el castillo de Talavera y ordenó su muerte en 1351.

<sup>39</sup> Encerrada de prisión en prisión y finalmente asañada por un ballestero de orden del rey en Medina Sidonia en 1361.

Trastámara recibió en sus pretensiones la ayuda de Francia a quien contrató por trescientos mil florines de oro las llamadas *Compañías Blancas*, conjunto de mercenarios al mando de Beltrán Du Guesclin; y Don Pedro, tras prometer al inglés los puertos de Castro Urdiales, Bilbao, Bermeo y Lequeitio, recibió la ayuda de Eduardo III, con tropas que, al mando del Príncipe de Gales, Eduardo, llamado el Príncipe Negro por el color de su armadura, y de su hermano Juan de Gante penetraron desde Gascuña en ayuda de Don Pedro.

Los ejércitos de Don Pedro y Don Enrique se enfrentaron muy cerca de Nájera el 13 de abril de 1367, con la vanguardia de Don Enrique comandada por Du Guesclin mientras Don Pedro llevaba al frente al duque de Láncaster<sup>40</sup>.

La derrota de Enrique fue total en Nájera, perdió muchos hombres, Du Guesclin cayó prisionero, y él se salvó huyendo a uña de caballo hacia Aragón, para terminar encontrando refugio en Francia.

La batalla de Nájera está también relacionada con uno de los famosos milagros del Camino de Santiago, representado en una ingenua pintura que se conserva en el lado sur del coro de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada. Tras la batalla, Don Pedro se dirigió hacia la ciudad de Santo Domingo con ánimo de castigar su apoyo a Enrique. Los calceatenses se congregaron ante el sepulcro de su Santo implorando su protección y vieron como del sepulcro surgían dos manos fantasmales como símbolo de esperanza. En aquel mismo momento, Don Pedro y sus caballeros se vieron cegados en medio del camino. Acudió el obispo de La Calzada a comunicarle que aquello era un castigo del Santo y que si prometía no destruir su población sería curado. Prometió Don Pedro, se salvó la ciudad y podemos seguir disfrutando de ella y de sus tradiciones mientras escuchamos en la Catedral el agudo y alegre sonar del canto del gallo blanco<sup>41</sup>.

---

<sup>40</sup> En la más pura tradición caballerescas, (recordemos a nuestro Fernando I enviando a San Iñigo, abad de Oña, al rey García de Nájera para parlamentar e intentar evitar la batalla de Atapuerca, que había de resultar fatal al najerino), el Príncipe de Gales, en vísperas de la batalla de Nájera envió a Enrique de Trastámara la siguiente carta: «Eduardo, por la gracia de Dios, príncipe de Gales y de Aquitania, al renombrado Enrique, conde de Trastámara, que en estos tiempos se hace llamar rey de Castilla: Puesto que nos has enviado por medio de tu heraldo una carta en la que, entre otras cosas, se hace mención de tu deseo de saber por qué he admitido en mi amistad a tu enemigo, mi primo el rey Don Pedro, y con qué pretexto te hago la guerra y he entrado en Castilla con un gran ejército: en respuesta a ello, te informo de que es con el fin de mantener la justicia y en apoyo de la razón, como deben hacer todos los reyes, y también para mantener las firmes alianzas establecidas en otro tiempo entre mi señor el rey de Inglaterra y el rey Don Pedro; más como eres muy famoso entre todos los buenos caballeros, desearía yo, si fuese posible, resolver vuestras diferencias, y haría todo lo posible ante mi primo el rey Don Pedro para que te concediera una gran parte del reino de Castilla; pero debes renunciar a todas tus pretensiones a la corona de ese reino, así como a la posibilidad de heredarlo. Reflexiona bien sobre esta propuesta, y no olvides que entraremos en el reino de Castilla por donde mejor nos parezca. Dada en Logroño, a 30 días de marzo de 1367». (Froissart, Libro I, 240).

<sup>41</sup> En la pared del ala oriental del claustro de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada, tras una pequeña lápida con dos figuras orantes, se guarda el corazón de Don Enrique, quien, después de alcanzar la corona tras el asesinato de su hermano en Montiel el 22 de marzo de 1369, moriría en Santo Domingo diez años después.

Juan de Gante contrajo matrimonio, en 1371, con Constanza, hija de Pedro I y heredera de Castilla, y, de inmediato tomaron ambos el título de reyes de Castilla. Pero, las circunstancias no les iban a ser favorables y el esfuerzo de la flota que, en 1386, se aproximaba a las costas de La Coruña había de quedar en nada. Sin embargo, Juan de Gante llegó hasta Santiago, la ciudad le entregó sus llaves, y el Duque, la duquesa y sus hijos se dirigieron de inmediato a la Catedral, donde, en palabras de Froissart, «se pusieron en oración de rodillas ante el bendito cuerpo del barón Santiago e hicieron valiosas ofrendas y hermosos regalos»<sup>42</sup>.

Si no llegó a verse rey efectivo de Castilla, al menos le quedó a Juan de Gante el consuelo de que su sexto hijo (de los trece que tuvo) llegara a ser coronado rey de Inglaterra en 1399 con el nombre de Enrique IV; y de que su hija Catalina, habida de su matrimonio con Constanza de Castilla, alcanzara el trono de Castilla por su boda en 1388 con el futuro Enrique III el Doliente, hijo de Juan I, el heredero de Enrique de Trastámara. Esta boda se celebró en la Catedral de Palencia, donde todavía se conoce a una de sus puertas como «la puerta de los novios», por haber entrado por ella los jóvenes Príncipes de Asturias, primeros en usar este título, que fue exigido por el duque de Láncaster en los acuerdos que realizó con Juan I en abril de 1387, y que pusieron fin a la cuestión dinástica.

### LA PEREGRINACIÓN DE MARGERY KEMPE

No eran partidarias las autoridades civiles y eclesiásticas de que las mujeres peregrinaran solas y, por descontado, tampoco lo eran los maridos. En la descripción que nos hizo Chaucer de la peregrinación a Canterbury son pocas las mujeres que aparecen; entre las veintinueve personas que forman el grupo de peregrinos en los *Canterbury Tales*, solamente tres son mujeres, y, de ellas, sólo la *Comadre de Bath* había hecho la peregrinación a Santiago<sup>43</sup>. En 1360, el obispo de Rochester ordenaba categóricamente a la abadesa de Malling y a su comunidad que se abstuvieran de ir a peregrinaciones. De todos modos, sí hubo mujeres a quienes, al igual que los hombres, se les impuso como penitencia el peregrinar a Santiago. Y así, no sabemos cuáles serían los pecados de Matilda Bionie al hacer su promesa de ir a Santiago, pero, cuando solicitó que se le conmutara su voto ya que había perdido todos sus bienes en un naufragio y no tenía medios para hacer el camino, el voto le fue reemplazado por la promesa de ingresar en un convento<sup>44</sup>.

En 1345, el obispo de Londres autorizó a Lady Elizabeth de Burgh a cambiar su promesa por el envío a la Catedral de Santiago de las ofrendas que hubiera hecho en el caso de haber acudido personalmente. Muchas viudas hacían la peregrinación

---

<sup>42</sup> Froissart, III, 23. El cronista hace notar también algo de lo que, acaso, resuenen todavía algunos ecos: «... allí encontraron carne y vino fuerte, del que los arqueros ingleses bebían tanto que estaban casi siempre borrachos y cogían fiebres, o, por la mañana les dolía tanto la cabeza que no podían valerse en todo el día».

<sup>43</sup> Chaucer, *The Canterbury Tales*, Prólogo general, v. 466.

<sup>44</sup> *Calendar of Papal Registers*, 1305-1342, p. 196. Citado por Storrs, p. 61.

para rogar por el eterno descanso de sus maridos, o bien para cumplir la promesa que la muerte había impedido realizar a sus difuntos. Así, Alice Bigod, condesa viuda de Norfolk, peregrinó a Santiago en 1309, tres años después de la muerte de su marido. En 1317, peregrinaba Leonor, viuda de John de la Mare. Isolda, viuda de John Belhous, comerciante entre Londres y Génova, acudía a Santiago en 1331. Y así podríamos continuar con una larga lista.

Pero, vamos a detenernos en una mujer que es una de las figuras femeninas más interesantes del siglo XV inglés. Nació Margery Kempe, hacia 1373, en Lynn, ciudad perteneciente al poderoso obispado de Norwich. La ciudad de Lynn había experimentado un considerable crecimiento comercial a partir del siglo XII, tanto por las numerosas construcciones de iglesias (lo que implicaba necesidad de mano de obra, con el forzoso incremento consiguiente de actividad agrícola y ganadera), como por su favorable situación en la desembocadura del río Ouse, lo que la convirtió en centro de exportación tanto de sus propios productos, como de los procedentes de los otros siete condados que la circundaban. Y así, Lynn se convirtió en una ciudad muy próspera y rica, en la que se desarrolló una creciente clase de mercaderes y burgueses que propugnaban su autogobierno y la independencia de los poderes feudales tradicionales. Margery era hija de uno de estos burgueses, llamado John Brunham, que llegó a ser cinco veces alcalde de su ciudad y, posteriormente, Miembro del Parlamento. Hacia los veinte años de su edad contrajo matrimonio Margery con John Kempe, miembro también de la alta burguesía de Lynn, con el que llegaría a tener catorce hijos. Tras tener al primero de éstos, comenzó Margery a experimentar una serie de visiones, como la aparición de Jesucristo que se sentaba en su cama y conversaba cariñosamente con ella, o la percepción de la felicidad del paraíso que llegaba a ella en forma de melodía sobrenatural<sup>45</sup>. Éstas y otras muchas visiones provocaron en ella la conversión hacia una vida al servicio de Dios, a la entrega a sus semejantes, al sacrificio personal, a las peregrinaciones, y a la oración; oración que en su caso terminaba dando paso a un contacto personal con Dios o con sus santos, y a una reelaboración de los hechos narrados en los evangelios (canónicos o apócrifos) en los que ella se veía como partícipe directa de la acción.

Escuchémosla:

*Many yerys on Palme Sondag, as this creatur was at the processyon wyth other good pepyl ... had sche so meche swetnes and devocon that sche myth not beryn it, but cryyd, wept, and sobbyd ful boistowsly. Sche had many an holy thowt of owr Lordys passyon and beheld hym in hir gostly syght as verily as he had ben aforn hir in hir bodily syght.*

*Muchos años, el Domingo de Ramos, mientras esta criatura<sup>46</sup> estaba en la procesión con otras buenas personas ... sentía una dulzura y una devoción tan gran-*

---

<sup>45</sup> Otro místico inglés, Richard Rolle (1300-1349) describe también la recepción de sus experiencias espirituales en forma de dulcísima música celestial, lo que le impedía acudir a la iglesia, ya que las canciones de los humanos le resultaban insoportables.

<sup>46</sup> Margery se refiere siempre a sí misma como «esta criatura».

des que no podía soportarlas y gritaba, lloraba y sollozaba a voz en grito. Tenía muchos santos pensamientos de la Pasión de Nuestro Señor y lo contemplaba con los ojos del alma tan ciertamente como si hubiera estado ante ella y lo viera con los ojos del cuerpo<sup>47</sup>.

El don de lágrimas, entonces considerado como un regalo de Dios, la acompañó toda su vida y le causó no pocos problemas ya que perturbaba con sus llantos la quietud de las iglesias. Todas sus experiencias quedaron reflejadas en *El Libro de Margery Kempe*, la primera autobiografía escrita en lengua inglesa, interesante por los numerosos detalles de la vida diaria que incluye; y porque en él se escuchan los ecos de aquella red de «amigos de Dios» que se extendió por toda Europa en los siglos XIV y XV, como el citado Richard Rolle, Santa Gertrudis, Juliana de Norwich, a quien acudía Margery en busca de consuelo y orientación; Santa Brígida, de quien se sentía continuadora; Walter Hilton, muerto en 1396, autor de una *Escuela de Perfección* en la que sistematiza el proceso de la vida contemplativa; Santa Catalina de Siena, Clara de Pisa, Santa Francisca Romana, nuestro Alfonso de Jaén, o Tomás de Kempis<sup>48</sup>. Para el filólogo, tiene el libro de Margery Kempe el interés de ofrecernos un inglés medieval, no pasado por un intento de estilo pulido como en el caso de Chaucer o Langland, sino directo, como si hubiera sido recogido con un magnetófono, ya que Margery no sabía escribir y hubo de dictar su obra a un amanuense. El manuscrito permaneció durante siglos en la Cartuja de Mount Grace en Yorkshire y, tras la eliminación de los conventos por Enrique VIII, llegó a la biblioteca de la familia Butler-Bowden, fue identificado por Emily Allen en 1934, y hoy se encuentra en la British Library.

Primera de todos los peregrinos ingleses en dejar constancia y recuerdo de su peregrinación a Compostela, lo hace en los capítulos 44 y 45 de su libro tras narrar las peripecias, dificultades para encontrar barco, ayudas de almas caritativas, encargos de oraciones a Santiago, sospechas de las autoridades eclesiásticas, y hasta enemistades de los acompañantes en la peregrinación que subieron con ella al barco en Bristol:

**And so sche went forth to hir schip. Befor that sche entryd the schip, sche mad hir preyers that God schulde kepe hem and preserve hem fro benjawns, tempestys, and**

---

<sup>47</sup> Margery Kempe, *Book*, cap. 79.

<sup>48</sup> No puedo evitar el citar también al anónimo autor que, hacia 1375, escribió *The Cloud of Unknowing*, *La Nube de la Ignorancia*, interesantísimo manual de oración contemplativa, en el que se orienta al iniciador de una vida devota hacia el misticismo apofático al que ya se había referido en el siglo V el Pseudo-Dionisio. Apofático significa «sin imágenes», y un misticismo apofático intentará llegar a lo sagrado sin el intermedio de cosas creadas, ni imágenes mentales. El autor considera que estamos separados de Dios por una espesa «nube de ignorancia». Con el fin de atravesar esa nube, debemos lanzar de continuo «agudos dardos» de «amor ansioso» mediante la repetición de una palabra como «Dios» o «amor», con el fin de eliminar todos los pensamientos extraños y hallar dentro de nosotros un lugar de silencio interior donde podamos «estar tranquilos y conocer a Dios». Recordemos que una de esas palabras (mantra, jaculatoria), AGLA, aparece en uno de los baldosines del suelo en el que se apoya un ángel cantor en el retablo de la *Adoración del Cordero Místico* que, a partir de 1431 pinta Jan Van Eyck para la Catedral de San Bavón en Gante. AGLA está constituida por las iniciales de la frase hebrea *atta gibor le'olam Adonai*, Tú eres Príncipe por siempre, Señor.

perellys in the se that thei myth go and come in safté, for it was telde hir ypf thei haddyn any tempest thei woldyn castyn hyr in the se, for thei seyde it was for hir, and thei seyde the schip was the wers for sche was therin. And therfor sche in hir preper seyde on this maner, Almythy God Crist Ihesu, I beseche the for thi mercy, ypf thou wilt chastisyn me, spar me tyl I come ageyn into Inglond. And, whan I come ageyn, chastyse me ryth as thou wilt. And than our Lord grawntyd hir his bone. And so sche toke hir schip in the name of Ihesu and seplyd forth wyth hir felaschip, whom God sent fayr wynde and wedyr so that thei comyn to Seynt Jamys on the sevenyth day. And than thei that weryn agen hir whan thei war at Bristowe now thei made hir good cher. And so thei abedyn ther fourteen days in that lond, and ther had sche gret cher, bothyn bodily and gostly, hy devocyon, and many get cryes in the mende of our Lordys Passion, wyth plentyuous terys of compassyon. And sithyn thei come hom ageyn to Bristowe in fyve days.

*Y así, se acercó a su barco. Antes de entrar en el barco, rezó sus oraciones para que Dios los ayudara y los preservara de venganzas, tempestades y peligros en el mar para que pudieran ir y volver seguros, ya que le habían dicho que, como tuvieran alguna tempestad, la arrojarían al mar por ser por su culpa, y le dijeron que era malo para el barco el que ella fuese en él. Por consiguiente, en su oración, dijo de esta manera: «Dios Todopoderoso Jesús, te ruego por tu misericordia que, si quieres castigarme, esperes a que regrese a Inglaterra. Y, cuando vuelva, castígame bien como te plazca». Y Nuestro Señor la concedió su deseo. Y así, embarcó en su nave en el nombre de Jesús y navegó con los demás, a quienes Dios envió buen viento y buen tiempo, así que llegaron a Santiago al cabo de siete días. Y entonces, los que habían estado en contra de ella cuando estaban en Bristol, ahora la trataban con agrado. Y así, permanecieron allí catorce días en aquella tierra, y allí tuvo ella gran provecho tanto en el cuerpo como en el alma, gran devoción y muchos grandes llantos al recordar la Pasión de Nuestro Señor, con muchas lágrimas de compasión. Y desde allí regresaron de nuevo a Bristol en cinco días.*

## LA PEREGRINACIÓN DE WILLIAM WEY

También los humanistas peregrinaron a Compostela. En 1440 el rey Enrique VI de Inglaterra había fundado, junto al río Támesis y frente a su castillo de Windsor, el Colegio de Eton con la idea de que sirviera a setenta niños como lugar de preparación para el ingreso en el King's College de Cambridge, donde terminarían de formarse con el fin de desempeñar adecuadamente cargos importantes, tanto al servicio de la Iglesia como del Estado.

Uno de los primeros profesores del Colegio, William Wey, religioso agustino, realizó en 1456 su peregrinación a Compostela y tuvo el buen acuerdo de dejarnos sus memorias del viaje: *Itinerarium Peregrinationis (sic) Magistri Willelmi Wey, Sacre (sic) Theologie (sic) Baccularii, quondam socii Collegii Regalis Beatissime (sic) Marie (sic) Etone and Sanctum Jacobum in Ispanya*. Las memorias de Wey, que incluyen otros viajes, fueron publicadas en Londres en 1857. En el

tomo III del libro de Parga<sup>49</sup> se reproduce la versión latina de la peregrinación a Santiago del bachiller etoniano. El texto puede dividirse en cinco partes: a) el viaje propiamente dicho; b) relación de algunas generalidades sobre España; c) exposición de los datos que escuchó en Santiago acerca de los orígenes del culto de Santiago; d) relación de las reliquias conservadas en Santiago y lugares próximos, y e) la referencia, tan importante para los peregrinos de la época, de las indulgencias concedidas por los Papas a quienes visitasen la basílica compostelana.

a) *El viaje*

Partió William Wey de Eton, «inspirado por la divina gracia y con el permiso de mi rey y fundador Enrique VI», el 27 de marzo de 1456, que fue año jubilar, y llegó a Plymouth el 30 de abril. En Plymouth hubo de esperar varios días para encontrar barco. En este intermedio, conoció a otro peregrino que había hecho voto de acudir a Compostela en busca de salud, pero se encontraba tan enfermo que pensaba si no sería mejor volver a su ciudad y morir en su casa. Wey le aconsejó que siguiera con su peregrinación, ya que era preferible morir en ella, teniendo en cuenta el perdón de los pecados que con ello se conseguía. Quedó el peregrino dudoso y se apartó de Wey, quien finalmente encontró pasaje el 17 de mayo en el barco *Mary White* al que acompañaban otros cinco barcos de peregrinos. Una vez comenzada la navegación, uno de los peregrinos clamó que le había desaparecido la escarcela en la que llevaba todos sus dineros y al momento prometió a Santiago que, como le apareciera su bolsa concluiría desnudo su peregrinación a Compostela. Tras esta promesa, uno de los pasajeros fue sorprendido robando la bolsa a otro y, al ser registrado, se vio que llevaba escondida en el pecho la escarcela del primero. Y sigue Wey: «y, al pronto, siguió su peregrinación a Santiago, desnudo como había prometido». Datos que nos muestran que, muy entrado el siglo XV seguía viva la posibilidad de peregrinar desnudos, como en el caso de la figura que puede verse en los relieves de la puerta del Hospital Real de Burgos. Por otra parte, vemos que la picaresca que tanto abundó en el Camino también hacía acto de presencia en los barcos de peregrinación.

El 21 de mayo llegaba Wey a La Coruña, y, desde allí, siguió a Santiago a donde llegó la víspera del domingo de la Trinidad. Rápidamente entró en contacto con sacerdotes de Compostela, quienes le explicaron las dignidades y cargos de la diócesis, así como sus ingresos financieros. Asistió en la Catedral al canto de las solemnes Vísperas de la Trinidad en las que admiró los «seis rectores del coro cubiertos con capas rojas, y con largos báculos de plata» y a los «dos cardenales con mitras, báculos y ropas pontificales que incensaban el altar mayor y a los ministros del coro».

En la procesión que precedió a la misa del día de la Trinidad había «nueve obispos y cardenales con ropas de pontifical». Allí preguntó uno de los sacerdotes

---

<sup>49</sup> Parga, III, pp. 127-132.



«si había entre los presentes algunos nobles ingleses» y al respondersele que sí, «fueron elegidos por delante de los de las demás naciones para portar el palio sobre el Sacramento».

Desde Santiago regresó Wey a La Coruña, donde en el día del Corpus Christi participó en la procesión en la iglesia de los Franciscanos. Tras la procesión, predicó el sermón «un inglés, bachiller en Sagrada Teología» (en mi opinión, el propio Wey) que tomó como tema de su discurso las palabras Ecce ego, vocasti enim me, sacando como conclusión que todos los ingleses allí presentes podían decir esas mismas palabras al Apóstol Santiago, a saber: *Ecce ego, vocasti me, scilicet per Dei gratiam ut huc venirem et locum tuum visitarem, Heme aquí, pues me llamaste; y por la gracia de Dios he podido venir aquí y visitar tu lugar.*

En el puerto de La Coruña pudo ver Wey nada menos que ochenta barcos ingleses, galeses, irlandeses, franceses, normandos y bretones, de los cuales treinta y dos eran ingleses. Allí se encontró también con el peregrino que le había consultado en Bristol y al que no había vuelto a ver, quien le confesó que, tras su consulta, decidió volverse para morir en su casa, mas, tras la primera penosa jornada, se sintió curado y decidió volver a Bristol para acudir a Santiago. Wey le preguntó si se había confesado ya del pecado de haberse vuelto a casa rompiendo su voto; le dijo que sí y se separaron, el peregrino curado hacia Compostela a dar gracias, y Wey hacia su barco, en el que salió de La Coruña el 28 de mayo. Pero, al cabo de seis días de mala mar, hubieron de regresar a puerto, para, al fin, volver a zarpar el 5 de junio y llegar felizmente a Plymouth el 9 del mismo mes.

#### b) *Datos sobre España*

Incluye en su narración William Wey una serie de alusiones a España acerca de diversos asuntos. Menciona los montes Astures, coronados de nieve; la Universidad de Salamanca; la captura del rey de Granada por Enrique IV de Castilla en aquel mismo año y la toma de Málaga, de donde proceden los higos llamados *figis of Malick*; cuenta cómo se colocó la corona del rey granadino sobre la cabeza de la imagen de Santiago en el mismo día de la Trinidad en que él estuvo en la Catedral.

Y hasta reproduce a su modo, con notación musical incluida, la canción que entonaban los niños gallegos para solicitar algún dinero a los peregrinos:

*Sancte Jaco a Compostel da vose leve a votir tere  
Sancte Jaco bone baron de vose da de bon pardon.  
Bona tempe, bona vye, bona vente, bon perpassi,  
Da istys kee sunt assen una brank a wowse curtese.*

Donde piden al Santo de los perdones que conceda buen tiempo, buena vida, buenos hospedajes y buen camino a los corteses peregrinos que les den alguna blanca.



### c) *Orígenes del culto*

Comenzando con la advertencia de que *Hec (sic) subscripta (sic) audivi in Hispania, las cosas que siguen las escuché en España*, hace Wey referencia a continuación a las tradiciones acerca de la peregrinación de Santiago en España, su regreso a Judea, su martirio, y el traslado de su cuerpo desde Padrón.

Continúa luego refiriéndose, y esto creo que es muy interesante, a una serie de indulgencias para los peregrinos que acudieran a Iria o a Padrón, concedidas por el Papa Gregorio III, que ocupó el solio pontificio en los años 731 a 741. Si ello fuera cierto, habría que situar el culto jacobeo al menos unos *cientos años* antes del descubrimiento histórico del cuerpo de Santiago.

### d) *Relación de reliquias*

Hace Wey a continuación una considerable relación de las reliquias que podían venerar los peregrinos:

*«En primer lugar y principalmente, la santa piedra que llaman Padrón, sobre la que descansó el cuerpo del Bienaventurado Santiago Zebedeo, que se encuentra bajo el altar de Santiago en la iglesia de Padrón.*

*Asímismo, la santísima barca (de piedra) que está en el río, a la que acuden los peregrinos, quienes pueden tocarla en tiempo de verano por el estiaje del río.*

*En el monte Padrón, existe una fuente, allí donde colocó su bordón Santiago, y una gran piedra a la que se subió cuando comenzó su predicación en España...»*

En Santa María de Iria, podían admirarse un fragmento de la túnica de Jesucristo, reliquias de San Pablo y San Andrés apóstoles, de San Esteban, San Saturnino, San Isidoro, San Millán, y otros. Queda claro que resultaba muy fuerte el atractivo que tenían que sentir los peregrinos para, desde Santiago, alargar su camino hasta el mar.

En Compostela, obviamente, estaba el cuerpo de Santiago *«entero e integro»*, junto con los cuerpos de San Fructuoso, San Atanasio, San Cucufate y San Teodoro, discípulos todos de Santiago. También podía venerarse la cabeza de Santiago Alfeo, o el Menor.

### e) *Indulgencias*

Enumera, finalmente, William Wey algunas de las incontables indulgencias concedidas a los peregrinos de Santiago, citando en especial la Bula del Papa Calixto *«que fue muy devoto de Santiago»* por la cual se concedía indulgencia de todos sus pecados a los peregrinos que acudieran a Compostela en los años en que la fiesta de Santiago coincidiera con un domingo; indulgencia que conseguían también todos los que murieran en el Camino de ida o de vuelta de su peregrinación.

## OTROS HUMANISTAS PEREGRINOS

También fue año Jubileo el de 1473, y en este año acudieron a Santiago, John Paston y Anthony Woodville, ambos figuras sobresalientes en las letras y las armas.

John Paston era miembro de una familia de Norfolk, cuyos miembros, durante tres generaciones (1422-1509), mantuvieron relación epistolar con diversos nobles humanistas y poetas, como Stephen Scrope (1396-1472), que ofreció a su suegro Sir John Fastolf la traducción en prosa de *The Dicts and Sayings of the Philosophers*, tomada de la edición francesa de Tignonville<sup>50</sup>; el mismo Scrope tradujo *La Epístola de Otea a Héctor*, de Cristina Pisana, una variante más de los libros de educación y cortesía, tan frecuentes en la época, en el que se ofrece instrucción a un príncipe a través de cien historias con moralejas espirituales o caballerescas. John Metham, aparte de tratados sobre quiromancia y fisonomía, escribió un poema de 2.200 versos en el que narra la historia de Píramo y Tisbe, así como la de Alejandro Magno. El duque de Suffolk formaba también parte de este numeroso grupo de poetas, capaces de expresarse en inglés y francés. Las cartas cruzadas entre ellos y la familia Paston, editadas por James Gairdner en seis volúmenes, en 1904, constituyen un apasionante pozo de noticias tanto literarias como históricas acerca de la vida diaria en Inglaterra en el siglo XV.

Así, en las *Cartas de Paston* encontramos algunas de las referencias más antiguas que existen a la fiesta de San Valentín. Tanto en Inglaterra como en Francia surgió a lo largo de la Edad Media el convencimiento de que, hacia la mitad del segundo mes del año, las aves comenzaban a emparejarse. La mitad obvia del mes de febrero coincidía con el día 14, fiesta de San Valentín, mártir romano de finales del siglo III, sobre cuya tumba se edificó una pequeña iglesia. Ésta se encontraba fuera de la Puerta Flaminia, luego llamada Puerta de San Valentín, y hoy Porta del Pópolo.

Ya en el *Parliament of Foules*, o *Parlamento de las Aves*, de Chaucer, podemos leer:

*For this was sent on Saint Valentyne's day  
When every foul cometh ther to chose his mate.*

*Tal cosa sucedió día de San Valentín,  
Cuando allí van las aves a escoger compañero.*

El día de San Valentín, pues, fue considerado como propio para enviar poemas o regalos a los seres queridos. En las *Cartas de Paston* podemos leer a Lady Elizabeth Brews expresándose así: «Y, primo mío, el lunes próximo es Día de

---

<sup>50</sup> De estos *Hechos y Dichos de los Filósofos*, que se remontaban al siglo XI, existe también una versión castellana con el título de *Bocados de Oro*, y, poco después de 1473, se realizó una nueva versión inglesa a la que me referiré unas líneas más abajo.

*San Valentín y cada pájaro busca su compañera, y si quisieras venir el próximo jueves ...». Poco después, encabezaba otra carta de este modo: «A mí queridísimo Valentín, el caballero John Paston ...».*

John Gower (1327-1408), prolífico poeta en inglés, francés y latín, autor de la *Confessio Amantis*, o *Confesión del enamorado*, que Juan de Cuenca traduciría a prosa castellana en 1440, es autor también de *Cinkante Balades* (en realidad son cincuenta y dos, y si contamos las dos de la dedicatoria, son en total cincuenta y cuatro); de ellas, las baladas 34 y 35 aluden ya al tema de San Valentín.

La tradición ha seguido muy viva en Inglaterra. En las obras completas de la dulcísima Christina Rossetti pueden verse las Valentinas, o poemas para el día de San Valentín, que año tras año, dedicó a su madre mientras ésta vivió.

En este mismo año jubilar de 1473 también acudió a Santiago Lord Anthony Woodville, Barón de Scales, acompañado de su primera esposa Elizabeth, la cual murió durante esta peregrinación. En recuerdo de su viaje, adornó Woodville su escudo con conchas de vieira y recordó así su travesía:

*«Partí de Southampton en el mes de julio de ese año (1473) y navegué hasta que llegué a aguas españolas; allí, sin poder avistar tierra, con buenos vientos y tiempo apacible, por divertimento y para pasar el tiempo, pedí alguna buena historia para leer. Entre otros, había en la compañía un venerable caballero llamado Louis de Bretailles, que se deleitaba con todas las cosas virtuosas y honestas, que dijo que tenía un libro que él confiaba me iba a agradar mucho, y me lo trajo, y nunca había visto yo el libro, y se llamaba Sayings and Dicts of the Philosophers.»<sup>51</sup>.*

El libro, casi con toda seguridad, era la traducción que pocos años antes había realizado Stephen Scrope, o, acaso, la versión francesa de Tignonville. De todos modos, Woodville, a su regreso a Inglaterra realizó su propia traducción y se la entregó a Caxton en 1477. Éste fue el primer libro que se imprimió en Inglaterra<sup>52</sup>. Woodville era hermano de Isabel, esposa del rey Eduardo IV<sup>53</sup>, de cuyo matrimonio

---

<sup>51</sup> Tate, 174.

<sup>52</sup> William Caxton, el primer impresor inglés, había comenzado su carrera como comerciante de paños. En 1441 se trasladó a Brujas donde creó un próspero negocio textil, aunque, mientras acumulaba su fortuna, no dejó tampoco el cultivo de las letras y su interés por ellas. En 1468 fue nombrado asesor de la princesa Margarita de York, esposa de Carlos el Temerario, duque de Borgoña. Fue Margarita quien le pidió que concluyera la traducción al inglés que tenía iniciada de *The Recuyell of the Histories of Troye* del francés Raoul le Fèvre. Como buen comerciante e intelectual, supo ver el futuro de la imprenta y se trasladó a Colonia, donde permaneció un año aprendiendo el arte de imprimir. A su vuelta a Brujas, organizó su propia imprenta y publicó en 1474 su traducción del *Recueyll*, el primer libro impreso en inglés. En 1476, regresó a Inglaterra e instaló en Westminster su famosa imprenta de la que saldrían obras como *Troilus and Creseide*, *Morte d'Arthur* y los *Canterbury Tales*, aparte de sus propias traducciones del latín, francés y holandés.

<sup>53</sup> Isabel, hija de la duquesa de Bedford, había acudido al rey para solicitar que se le devolvieran unas tierras que le pertenecían. Esta visita iba a cambiar su vida, porque, como nos cuenta Tomás Moro en su *The History of Richard III*, «cuando el rey la vió y la oyó hablar, como era bella, de buena disposición, moderada estructura, bien hecha y muy instruida, no sólo se compadeció de su petición, sino que

habían de nacer los desdichados príncipes, Edward, príncipe de Gales, y Richard, duque de York. Fue Anthony Woodville su mentor, y cuando, tras la muerte de Eduardo IV, su hermano Ricardo, duque de Gloucester, decidió apoderarse del trono, hizo decapitar a Woodville en el castillo de Pontefract, en junio de 1483, para, a renglón seguido, asesinar a los dos príncipes niños en la Torre de Londres y alzarse con el trono con el nombre de Ricardo III, de abominable memoria<sup>54</sup>.

## DE VUELTA A INGLATERRA

El hecho de regresar vivos de una peregrinación que llevaba implícitos tantos riesgos así por mar como por tierra, era ya de por sí casi un milagro. Y aquéllos que lo conseguían regresaban orgullosos llevando en el sombrero o sobre el pecho el emblema de la peregrinación, la concha de *vieira* muy común en las aguas de Galicia, ya natural, o ya hecha de metal o de azabache, compradas éstas últimas en los puestos autorizados que se instalaban en el colorista mercado que se instalaba en el Paraíso o plaza ante la puerta norte de la Catedral. Y, una vez de regresó, no tardaron en aparecer agrupaciones, confraternidades o cofradías en las que se agrupaban los que habían hecho el Camino, con el fin de mantener vivo el recuerdo de su hazaña, de conservar el culto a Santiago, de apoyarse unos a otros y; de ayudar a los que se decidían a emprender la difícil peregrinación.

Y así, la *Cofradía de Santiago* de Holme, en Norfolk, se tenía por fundada «*en tiempo inmemorial*»<sup>55</sup>; la de Lynn, también en Norfolk, celebraba una misa solemne el 25 de julio en la capilla dedicada a Santiago, y se atribuía también unos orígenes remotos; la cofradía del Santo en Icklingham, en Suffolk, fundada en 1364, mantenía un velón encendido ante la imagen de Santiago.

---

*se enamoró de ella, y, llevándosela aparte en secreto, comenzó a hablarle con mucha familiaridad. Y cuando ella percibió sus apetitos, virtuosamente se negó a consentir a ellos. Pero lo hizo tan inteligentemente, de tan buena manera y con palabras tan escogidas, que, en vez de apagar sus deseos, los encendió aún más. Y, finalmente, tras muchas reuniones, muchas súplicas y muchas promesas, ... ella le dijo claramente que se tenía por demasiado humilde para ser su esposa, pero también por demasiado noble para ser su concubina.»* Eduardo decidió casarse con ella, con lo que se ganó la enemistad del poderosísimo conde de Warwick que deseaba casarle con una princesa castellana, y que, tras la boda del rey con Elizabeth, se alzó en armas y forzó a Eduardo a huir a Holanda, donde permanecería exiliado durante dos años.

<sup>54</sup> He aquí la descripción que de él nos dejó Tomás Moro: «*Ricardo era igual a sus hermanos en inteligencia y valor, pero en cuerpo y esbeltez muy inferior a ellos; pequeño de estatura, desgarrado de miembros, jorobado, con el hombro izquierdo mucho más alto que el derecho, hosco de rostro ... malicioso, iracundo, envidioso y, desde antes de nacer, impulsivo, ya que la duquesa su madre tuvo mucho trabajo en su parto y hubo que sajarla para que diera a luz, ya que vino al mundo con los pies por delante ... y ya con dientes ... como si la naturaleza hubiera cambiado su curso en los comienzos de alguien que a lo largo de su vida iba a cometer tantos hechos horribles ... Era callado y secreto, gran disimulador, mísero de aspecto y arrogante de corazón; amable externamente cuando por dentro odiaba, y no dejaba de besar a quien pensaba matar ... Le daban igual amigos o enemigos y, cuando se trataba de obtener ventajas, no se ahorraba la muerte de nadie cuya vida se interpusiera en la realización de sus propósitos, y mató con sus propias manos al rey Enrique VI cuando éste se hallaba prisionero en la Torre de Londres ...».* No es extraño que con estos materiales Shakespeare nos diera su magnífica obra *Richard the III*.

La cofradía de Santiago de Burghle-Marsh, en Lincolnshire, se fundó en 1365 por cinco peregrinos que sufrieron una terrible tormenta en el mar, durante la cual prometieron que si terminaban su peregrinación sanos y salvos levantarían un altar en honor de Santiago en la iglesia de San Pedro.

En Norwich, la cofradía de Santiago celebraba su fiesta comunal el domingo siguiente al 25 de julio. Los miembros de la cofradía en Sall, Norfolk, tenían la obligación de acudir al Oficio de Vísperas en el día anterior a la fiesta del Santo, así como de rezar el Oficio Parvo de la Virgen por las almas de los cofrades fallecidos; cada cofrade tenía que entregar una oferta de medio penique durante la misa del día de la fiesta y la propia Cofradía sufragaba un cirio grande y tres velas para que ardieran ante la imagen de Santiago durante estas festividades. En la iglesia de Santiago, en Bury, Suffolk, la Cofradía se fundó con el fin de mantener siempre velas encendidas ante el Santo.

En Lincoln, existían tres corporaciones que proporcionaban ayuda a los peregrinos: el Gremio de los Sastres entregaba medio penique por parte de cada miembro del gremio a toda persona que emprendía la peregrinación a Santiago; la Hermandad del Corpus Christi subía la cantidad de ayuda a un penique ofrecido por cada cofrade en el punto de partida, que era el Hospital de los Inocentes, extramuros de la ciudad, y prestaba al peregrino una cruz dorada para que le protegiera en su camino; finalmente, los cofrades de la Hermandad de la Resurrección entregaban medio penique cada uno al peregrino y lo acompañaban hasta las afueras de la ciudad.

Asimismo, los miembros de estas Cofradías o Hermandades acudían a dar la bienvenida a los peregrinos que regresaban y los acompañaban en la celebración de una misa de acción de gracias. Y, si alguno de los peregrinos que partían tenía la desdicha de perder la vida en el Camino, las cofradías se obligaban a celebrar por él los mismos sufragios que hubieran ofrecido por su alma en el caso de haber muerto en su ciudad.

También para estas cofradías el reinado de Enrique VIII supuso el ocaso y la desaparición. Pero su espíritu no se ha extinguido por completo. En la actualidad, la *Confraternity of Saint James*, o *Cofradía de Santiago*, mantiene vivo el rescoldo y aun la llama de la peregrinación. Curiosamente, su sede social se encuentra en Londres en Talbot Yard, nada más cruzar el Puente de Londres, en el mismo lugar en que se alzaba la *Tabard Inn*, la posada en la que sitúa Chaucer a sus peregrinos justo antes de partir hacia Canterbury y narrarnos los cuentos más famosos de la literatura inglesa.

Y me parece justo resaltar aquí las interesantes actividades que realiza esta Cofradía de Santiago, que intenta unir y poner en contacto a todas las personas inte-

---

<sup>55</sup> Ésta y las siguientes inmediatas referencias fueron publicadas por C. Storrs, tomadas de *Public Record Office, Chancery Miscellanea*. Como es sabido, los Archivos ingleses han tenido la suerte de ser los mejor conservados de Europa.

resadas en Inglaterra por los caminos de peregrinación a través de Francia y España hasta Compostela; publica la Cofradía su propio *Boletín* con noticias sobre actividades relacionadas con el Camino; promueve la investigación acerca de la historia de la peregrinación y del culto de Santiago en Inglaterra; ofrece una beca anual para proyectos de investigación sobre el Camino; y es muy activa en la identificación y defensa de monumentos y obras de arte relacionados con Santiago; asimismo, en su sede de Londres tiene abierta al público una biblioteca especializada y muy puesta al día en todo lo que se publica sobre el Camino en inglés, francés, alemán y castellano.

En fin, que, como leemos en el Quijote, «*aún hay sol en las bardas*» y podemos confiar en que en el futuro sigan circulando peregrinos ingleses por esta aorta de Europa que es el Camino de Santiago.

## L'ENVOI

**A** sí pues, es momento de detenernos y, desde este Monte del Gozo, que nos permite contemplar las torres del nuevo curso, recordar a todos los que nos precedieron en los caminos de estos pasillos y estas aulas y recordar también las palabras de aquel otro gran inglés John Henry Newman que, en su libro *Idea de una Universidad*, al proponer como principal finalidad de ésta la de crear auténticos caballeros nos daba la siguiente definición:

***«It is almost a definition of a gentleman to say he is one who never inflicts pain», «Puede definirse al caballero como aquella persona que jamás hace daño a nadie».***

Si cuando pongamos los pies en el año 2000 podemos encontrarnos un poco más cerca de esta definición, todos nuestros pasos habrán valido la pena. Y que Santiago ayude.

Muchas gracias.



## BIBLIOGRAFÍA

En la edición que acaba de realizar la Institución Príncipe de Viana, de la Diputación Foral de Navarra, de la todavía imprescindible obra de Luis Vázquez de Parga, José María Lacarra y Juan Uría Rín, *LAS PEREGRINACIONES A SANTIAGO DE COMPOSTELA*, (1.ª edición, Madrid, C.S.I.C., 1948), puede consultarse una amplísima bibliografía sobre el tema.

Añado, por mi parte, algunas publicaciones relacionadas especialmente con las peregrinaciones inglesas.

ASTON, Margaret. *England's Iconoclasts*. Oxford: Clarendon Press, 1988.

ATKINSON, Clarissa. *Mystic and Pilgrim: The Book and the World of Margery Kempe*. Ithaca: Cornell University Press, 1983.

BARBER, Richard. *Pilgrimages*. Woodbridge: Boydell Press, 1991.

BRAVO LOZANO, Millán. *A practical guide for pilgrims: the road to Santiago*. León: Everest, 1998.

COULTON, C. G. *Life in the Middle Ages*. New York: Macmillan, 1910.

DAVIES, J. G. *Pilgrimage yesterday and today*. London: SCM Press, 1988.

DAVIES, Horton. *Holy days and holidays: the medieval pilgrimage to Santiago de Compostela*. London: Associated University Presses, 1982.

DURHAM, Reginald of. Life of Saint Godevic, en G. G. Coulton, *Social Life in Britain from the Conquest to the Reformation*. Cambridge: Cambridge University Press, 1918, pp. 415-420.

FINUCANE, Ronald. *Miracles and pilgrims: popular beliefs in medieval England*. London: J. M. Dent & Sons, 1977.

FLETCHER, Richard. *St. James's catapult: the life and times of Diego Gelmirez of Santiago de Compostela*. Oxford: Clarendon Press, 1984.

FROISSART, Jean. *The Chronicles of Froissart*. New York: The Harvard Classics, 1910.

FURLONG, M. *Visions and Longings: Medieval Women Mystics*. Boston: Shambhala Publications, 1996.

GAIRDNER, J. ed. *The Paston Letters, 1422-1509*. Edinburgh: John Grant, 1910.

GLASSCOE, M. *The Medieval Mystical Tradition in England*. Cambridge: D. S. Brewer, 1984.

- GUY OF AMIENS, *The Carmen of Hastingae Proelio*. Oxford: Oxford Medieval Texts, 1972.
- HALL, D. J. *English Medieval Pilgrimage*. London: Routledge and Kegan Paul, 1966.
- HELL, V. H. *The great pilgrimage of the middle ages*. London: Barrie and Rockliff, 1966.
- HITT, Jack. *Off the road: a journey to Santiago de Compostela*. London: Aurum Press, 1994.
- INGULPH. *Chronicle of the Abbey of Croyland*. (1453-1486). London: Henry G. Bohn, 1854.
- JACOBS, Michael. *The Road to Santiago de Compostela*. London: Viking, 1991.
- JUMIEGES, William de. *Gesta Normannorum Ducum*. London: Eyre and Spottiswood, 1953.
- KENDALL, Alan. *Medieval Pilgrims*. London: Wayland, 1970.
- KING, Georgiana. *The Way of St James*. London: G. P. Putnam's Sons, 1920.
- KNOWLES, David. *The English Mystical Tradition*. New York: Harper, 1961.
- KNOWLTON, M. A. *The Influence of Richard Rolle and of Julian of Norwich on the Middle English Lyrics*. La Haya: Mouton & Co., 1973.
- LAYTON, T. A. *The Way of St James*. London: Allen and Unwin, 1976.
- MEECH, S. B. *The Book of Margery Kempe*. New York: Oxford University Press, 1940.
- MORE, Thomas. *The History of King Richard III*. New Haven: Yale University Press, 1963.
- MULLINS, Edwin. *The Pilgrimage to Santiago*. London: Secker and Warburg, 1974.
- NEILLANDS, Robert. *The Road to Compostela*. Ashbourne: Noorland Publishing, 1985.
- PEPLER, C. *The English Religious Heritage*. St Louis: Herder Book Co., 1958.
- PLANCHÉ, J. R. *The Conqueror and His Companions*. London: Tinsley Brothers, 1874.
- PLÖTZ, Robert. *Peregrinations Ad Limina Beati Jacobi*. London: Confraternity of St James, 1997.
- POITIERS, William de. *Gesta Guillelmi*. London: Eyre and Spottiswood, 1953.
- POLIDORE, Vergil. *Anglica Historia*. London: J. B. Nichols, 1846.
- QUAIFE, P. *St James in English Literature*. London: Confraternity of St James, 1997.
- RIEHLE, Wolfgang. *The Middle English Mystics*. London: Routledge and Kegan Paul, 1981.
- RUBIN, M. «Fraternities and Late Medieval Piety». *Studies in Church History*, 23 (1986), pp. 97-110.
- SHQPKOW, L. *Norman Historical Writing in the Eleventh and Twelfth Centuries*. Washington: The Catholic University of America Press, 1997.
- STARKIE, Walter. *The road to Santiago: pilgrims of St James*. London: John Murray, 1957.
- SOTORRS, C. *Jacobean pilgrims from England to St James of Compostela from the early twelfth to the late fifteenth century*. Junta de Galicia, 1994.
- SUMPTION, Jonathan. *Pilgrimage, an image of medieval religion*. London: Faber and Faber, 1975.
- TATE, Brian. «Las Peregrinaciones marítimas medievales desde las Islas Británicas a Compostela». *Santiago, Camino de España*. pp. 161-179. Junta de Galicia, 1993.
- TATE, Robert. *Pilgrimages to St James of Compostella from the British Isles during the Middle Ages*. Liverpool: Liverpool University Press, 1990.

- THATCHER, O. Y McNeal, E. *A Source Book for Medieval History*. New York: Scribners, 1905.
- VAN HERWAARDEN, Jan. «The origins of the cult of St James of Compostella». *Journal of Medieval History*, vol. VI, n.º 1, pp. 1-35, 1980.
- WARD, Benedicta. *Miracles and the medieval mind: theory, record and event, 1000-1215*. Aldershot: Wildwood House, 1987.
- WELCH, Martin. *Anglo-Saxon England*. London: English Heritage, 1992.

## INDICE

INTRODUCCIÓN .....	7
DE CAMINOS, RELIQUIAS, TRASLACIONES Y HALLAZGOS.....	11
El Camino de las estrellas y el Hércules gaditano .....	11
La atracción de las reliquias .....	14
Hallazgos, milagros y famas.....	15
Un tardío hallazgo en Inglaterra .....	18
SANTIAGO ZEBEDEO.....	21
Historia y tradición .....	21
Tradición y leyenda.....	22
Olvido y hallazgo.....	23
Primera basílica y primeros cristianos.....	24
Se inserta en la leyenda de Carlomagno	
HOMBRES DEL NORTE .....	31
Los Normandos .....	31
Paz para los caminos.....	32
Aparece Walter Giffard en la Cruzada de Barbastro .....	34
El primer peregrino anglonormando y el caballo español que llegó a Hastings.....	39
Primeros peregrinos anglosajones .....	42
Cruzados ingleses a Santiago.....	44
Barcos y peregrinos .....	44
Juan de Gante, duque de Lancaster, y los hilos de la historia.....	46
La peregrinación de Margery Kempe.....	48
La peregrinación de William Wey .....	51
Otros humanistas peregrinos.....	55
De vuelta a Inglaterra.....	57
L'ENVOI.....	61
BIBLIOGRAFIA .....	63

